



# **Selección de textos contra el revisionismo y el oportunismo**

**V. I. Lenin**

## INDICE

VICISITUDES HISTÓRICAS DE LA DOCTRINA DE CARLOS MARX.....	2
EL OPORTUNISMO Y LA BANCARROTA DE LA II INTERNACIONAL .....	6
I .....	6
II.....	9
III .....	11
EL IMPERIALISMO Y LA ESCISIÓN DEL SOCIALISMO.....	20
ACERCA DE ALGUNAS PARTICULARIDADES DEL DESARROLLO HISTÓRICO DEL MARXISMO .....	40
MARXISMO Y REFORMISMO.....	46
MARXISMO Y REVISIONISMO .....	51

## VICISITUDES HISTÓRICAS DE LA DOCTRINA DE CARLOS MARX

[1913]

Lo fundamental en la doctrina de Marx es el esclarecimiento del papel histórico-universal del proletariado como creador de la sociedad socialista. ¿Acaso el curso de los acontecimientos producidos en el mundo entero ha confirmado esta doctrina, después de haber sido expuesta por Marx?

Marx la destacó por vez primera en 1844. En el «Manifiesto Comunista» de Marx y Engels, publicado en 1848, se contiene ya una exposición completa, sistemática, todavía no superada hasta hoy, de esta doctrina. Desde aquel entonces, la historia universal se divide claramente en tres períodos fundamentales:

- 1) Desde la revolución de 1848 hasta la Comuna de París (1871).
- 2) Desde la Comuna de París hasta la revolución rusa (1905).
- 3) Desde la revolución rusa hasta hoy.

Echemos una ojeada a las vicisitudes de la doctrina de Marx en cada uno de estos períodos.

### I

En los comienzos del primer período, la doctrina de Marx no era, ni mucho menos, la imperante. Era solamente una de las fracciones o corrientes extraordinariamente numerosas del socialismo. Imperaban aquellas formas de socialismo que, en el fondo, eran afines a nuestro «populismo»: incompreensión de la base materialista del movimiento histórico, incapacidad para deslindar el papel y la significación de cada clase de la sociedad capitalista, encubrimiento de la esencia burguesa [85] de las reformas democráticas bajo diversas frases pretendidamente socialistas sobre el «pueblo», la «justicia», el «derecho», &c.

La revolución de 1848 asestó un golpe mortal a todas estas formas ruidosas, abigarradas, chillonas del socialismo *pre-marxista*. La revolución

presenta *en acción* a las distintas clases, en todos los países, de la sociedad. El fusilamiento de los obreros por la burguesía republicana en París, en las jornadas de junio de 1848, determina definitivamente el carácter socialista del proletariado *única y exclusivamente*. La burguesía liberal teme cien veces más a la independencia de esta clase que a cualquier reacción, sea la que fuere. El cobarde liberalismo se arrastra a sus pies. Los campesinos se contentan con la abolición de los restos del feudalismo y se pasan al lado del orden, y sólo aquí y allá oscilan *entre la democracia obrera y el liberalismo burgués*. Toda doctrina sobre un socialismo no de clase y sobre una política no de clase se acredita como un simple absurdo.

La Comuna de París (1871) puso fin a este desarrollo de reformas burguesas; sólo al heroísmo del proletariado debe su afianzamiento la república; es decir, aquella forma de organización del Estado en que las relaciones de clase se manifiestan en la forma más descarada.

En todos los otros países europeos, el desarrollo más confuso y menos acabado conduce también a la formación de la sociedad burguesa. Al terminar el primer período (1848-1871), período de tormentas y revoluciones, el socialismo premarxista *muere*. Nacen los partidos *proletarios* independientes: la Primera Internacional (1864-1872) y la socialdemocracia alemana.

## II

El segundo período (1872-1904) se distingue del primero por su carácter «pacífico», por la ausencia de revoluciones. En el occidente, las revoluciones burguesas han terminado. El oriente no está aún maduro para ellas.

El occidente entra en la etapa de preparación «pacífica» para la época de las futuras transformaciones. En todas partes van formándose partidos proletarios, socialistas por su base, que aprenden a utilizar el parlamentarismo burgués, a crear su prensa diaria, sus instituciones culturales, sus sindicatos, sus cooperativas. La doctrina de Marx obtiene un triunfo completo y *se va extendiendo*. Lenta pero inflexiblemente, avanza el proceso de concentración de fuerzas del proletariado, de preparación de éste para las luchas futuras.

La dialéctica de la historia hace que el triunfo teórico del marxismo [86] obligue a sus enemigos a *revestirse* con el manto marxista. El liberalismo, anteriormente podrido, intenta revivir bajo la forma de *oportunismo* socialista. El período de preparación de las fuerzas para las grandes batallas, es interpretado por ellos en el sentido de una renuncia a estas batallas. Explican el mejoramiento de la situación de los esclavos para luchar contra la esclavitud asalariada queriendo que los esclavos vendan por unos céntimos su derecho a la libertad. Predican cobardemente la «paz social» (esto es, la paz con los esclavistas), el renegar de la lucha de clases, &c. Estas corrientes encuentran muchos partidarios entre los parlamentarios socialistas, los diversos funcionarios del movimiento obrero y los intelectuales «simpatizantes».

### III

Aún no habían tenido tiempo los oportunistas de jactarse de la «paz social» y de la inutilidad de la lucha bajo la «democracia», cuando se abrió en Asia una nueva fuente de formidables tormentas mundiales. A la revolución rusa siguieron la revolución turca, la persa y la china. Hoy, vivimos precisamente en la época de estas tormentas y de su «repercusión» en Europa. Cualquiera que sea la suerte de la gran república china, a la vista de la cual afilan hoy los dientes las distintas hienas «civilizadas», no habrá en el mundo fuerza capaz de restaurar en Asia la vieja servidumbre de la gleba, de barrer de la faz de la tierra el heroico democratismo de las masas populares de los países asiáticos y semiasiáticos.

Algunas gentes no atentas a las condiciones de preparación y desarrollo de la lucha de masas, se dejaron llevar a la desesperación y al anarquismo, ante la larga espera de la lucha decisiva contra el capitalismo en Europa. Hoy, vemos cuán miope y pusilánime era esta desesperación anarquista.

No es desesperación, sino entusiasmo, lo que debe inspirar el hecho de que los ocho cientos millones de hombres de Asia se sientan arrastrados a la lucha por los mismos ideales europeos.

Las revoluciones asiáticas nos han revelado la misma falta de carácter y la misma infamia del liberalismo, la misma significación única y exclusiva de la independencia de las masas democráticas, la delimitación neta entre el proletariado y toda especie de burguesía. Quien, después de la experiencia de Europa y de Asia, hable de política *no* de clase y de socialismo *no* de clase, merece que se le meta en una jaula y se le exhiba junto a algún canguro australiano. [87]

Tras Asia, ha comenzado a removerse también –aunque no al modo asiático– Europa. El período «pacífico» de 1872-1904 ha pasado irrevocablemente a la historia. La carestía y la opresión de los trusts provocan una agudización sin precedente de la lucha económica, arrojando de sus puestos hasta a los obreros ingleses más corrompidos por el liberalismo. A nuestros ojos madura la crisis política hasta en el más «pétreo» país de los burgueses y los junkers: en Alemania. La rabiosa carrera de armamentos y la política del imperialismo envuelven a Europa en una «paz social» que se parece más bien a un barril de pólvora. Pero la descomposición de *todos* los partidos burgueses y el proceso de madurez del proletariado siguen su curso incontenible.

Desde la aparición del marxismo, cada una de las tres grandes épocas de la historia universal ha venido a comprobarlo de nuevo y le ha dado nuevos triunfos. Pero aun es mayor el triunfo que aportará al marxismo, como doctrina del proletariado, la época histórica que se avecina.

## EL OPORTUNISMO Y LA BANCARROTA DE LA II INTERNACIONAL

[1915]

### I

¿Ha dejado realmente de existir la II Internacional? Sus representantes más autorizados, como Kautsky y Vandervelde, lo niegan obstinadamente. No ha sucedido nada, excepto una ruptura de relaciones; todo está perfectamente: tal es su punto de vista.

Para poner en claro la verdad, nos remitimos al *Manifiesto del Congreso de Basilea* de 1912, que justamente se aplica a la actual guerra mundial imperialista y que fue aprobado por todos los partidos socialistas del mundo. Es notable que, en teoría, ningún socialista se atreverá a negar la necesidad de hacer una apreciación histórica concreta de cada guerra.

Ahora que la guerra se ha desencadenado, ni los oportunistas confesos ni los kautskistas se atreven a desconocer el Manifiesto de Basilea ni a comparar sus exigencias con la conducta de los partidos socialistas durante la guerra. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que el Manifiesto desenmascara completamente tanto a unos como a otros.

En el Manifiesto de Basilea no hay una sola palabra sobre la defensa de la patria, ni sobre la diferencia entre una guerra de agresión y una guerra defensiva; no hay en él nada de lo que ahora proclaman estruendosamente ante el mundo los oportunistas y kautskistas<sup>[2]</sup> de Alemania y de la Cuádruple Entente. Ni podía decir nada por el estilo, porque lo que dice excluye en absoluto el uso de estos conceptos. Hace referencia en forma muy concreta a la serie de conflictos económicos y políticos que durante décadas han venido preparando esta guerra, se han hecho plenamente evidentes en 1912 y provocado la guerra en 1914. El Manifiesto recuerda el conflicto ruso-austríaco por la "hegemonía en los Balcanes"; el conflicto entre Inglaterra, Francia y Alemania (¡entre *todos* estos países!) como consecuencia de su "política de *conquista* en Asia menor"; el conflicto

austro-italiano por los "intentos de dominación" en Albania, etc. En una palabra, el Manifiesto define todos estos conflictos como conflictos surgidos del "imperialismo capitalista". Así, el Manifiesto reconoce muy claramente el carácter anexionista, imperialista, reaccionario, esclavizador de la guerra actual, es decir, un carácter que hace que la idea de la defensa de la patria sea una insensatez teórica y un absurdo práctico. Estamos ante una lucha de grandes tiburones por engullir ""patrias" ajenas. El Manifiesto formula las inevitables conclusiones de hechos históricos indiscutibles: esta guerra "no puede ser justificada con el más mínimo pretexto de interés nacional"; se prepara "en beneficio de los capitalistas o en aras de ambiciones dinásticas". Sería un "crimen" que los obreros dispararan "unos contra otros". Esto es lo que dice el Manifiesto.

La época del imperialismo capitalista es una época de capitalismo maduro y pasado de maduro, que está a las puertas de su ruina y que está maduro hasta el punto de ceder el paso al socialismo. El período que va de 1789 a 1871 fue un período de capitalismo progresista cuando el derrocamiento del feudalismo y el absolutismo y la liberación del yugo extranjero figuraban en la orden del día de la historia. Sobre esa base, y *sólo* sobre esa base, era admisible la "defensa de la patria", es decir, la lucha contra la opresión. También ahora podría aplicarse ese término a una guerra *contra* las grandes potencias imperialistas, pero sería absurdo aplicarlo a una guerra *entre* las grandes potencias imperialistas, una guerra para decidir quién se llevará la parte más grande de los países balcánicos, Asia menor, etc. Por eso, no es extraño que los "socialistas" que apoyan la "defensa de la patria" en la presente guerra eludan el Manifiesto de Basilea, como un ladrón elude el lugar del robo. Porque el Manifiesto prueba que son socialchovinistas, es decir, socialistas de palabra, chovinistas en los hechos, que están ayudando a "su" burguesía a saquear a otros países y esclavizar a otras naciones. Esta es la verdadera esencia del "chovinismo": defender la patria "propia" incluso cuando sus actos están orientados a esclavizar las patrias de otros pueblos.

El reconocimiento de que una guerra se libra por la liberación nacional implica una táctica; su reconocimiento como una guerra imperialista, otra. El Manifiesto indica claramente esta última táctica. La guerra "provocará una crisis económica y política" que es preciso "aprovechar", no para atenuar la crisis, no para defender la patria, sino, al



contrario, para "*sacudir*" a las masas y "acelerar la caída de la dominación del capital". Es imposible acelerar algo cuyas condiciones históricas aún no están maduras. El Manifiesto declara que la revolución social es *posible*, que las condiciones para eso *han madurado* y que sobrevendrá precisamente *en relación* con la guerra: "las clases dominantes" temen "una revolución proletaria", declara el Manifiesto, refiriéndose a los ejemplos de la *Comuna de París* y de la *revolución de 1905* en Rusia, es decir, a ejemplos de huelgas de masas y de guerra civil. Mienten los que, como Kautsky, afirman que no ha sido definida la actitud del socialismo hacia *esta* guerra. Este problema no sólo fue discutido, sino también resuelto en Basilea, donde se aprobó la táctica de la lucha revolucionaria proletaria de masas.

Es una hipocresía indignante ignorar el Manifiesto de Basilea, completamente o en sus partes más esenciales, y citar en cambio discursos de líderes o resoluciones de algunos partidos que, en primer lugar, datan de *antes* del Congreso de Basilea; en segundo lugar, no fueron decisiones adoptadas por los partidos de todo el mundo, y en tercer lugar, se referían a las diversas guerras *posibles*, pero no a la guerra actual. El quid de la cuestión es que la época de guerras nacionales entre las grandes potencias europeas ha sido remplazada por una época de guerras imperialistas entre ellas, y que el Manifiesto de Basilea reconoció este hecho oficialmente por primera vez.

Sería erróneo pensar que el Manifiesto de Basilea es una vacua declamación, una declaración burocrática o una amenaza poco seria. ¡Esto es lo que están dispuestos a decir quienes son desenmascarados por el Manifiesto! ¡Pero eso es falso! El Manifiesto de Basilea resume la gran cantidad de material de propaganda y agitación de todo el período de la II Internacional; no es más que el resumen de todo lo que los socialistas han sembrado entre las masas con centenares de miles de discursos, artículos y llamamientos en todos los idiomas. Simplemente reitera lo que, por ejemplo *Jules Guesde* escribía en 1899, cuando fustigaba el ministerialismo socialista en caso de guerra: hablaba de una guerra provocada por los "piratas capitalistas" (*En garde!*, pág. 175); simplemente repite lo que escribía Kautsky en 1909, en *El camino hacia el poder*, donde admitía que había terminado la época "pacífica" y había comenzado la época de guerras y revoluciones. Presentar el Manifiesto de Basilea como

una frase o como un error es considerar como mera frase o como un error todo lo que los socialistas han hecho en los últimos 25 años. La contradicción entre el Manifiesto y su no aplicación resulta tan intolerable para los oportunistas y kautskistas, porque descubre las profundas contradicciones en el trabajo de la II Internacional. El carácter relativamente "pacífico" del período comprendido entre 1871 y 1914 sirvió para nutrir al oportunismo, primero como *estado de ánimo*, luego como *tendencia* y por último como grupo o *capa* entre la burocracia obrera y los compañeros de ruta pequeñoburgueses. Estos elementos podían ganar la dirección del movimiento obrero sólo apoyando de palabra los objetivos revolucionarios y la táctica revolucionaria. Podían ganar la confianza de las masas sólo jurando que todo el trabajo "pacífico" no era sino una *preparación* para la revolución proletaria. Esa contradicción era un absceso que alguna vez tenía que reventar, y ha reventado. Ahora el problema consiste en decidir si hay que intentar, como hacen Kaustky y Cía., introducir nuevamente ese pus en el organismo, en aras de la "unidad" (con el pus), o si, para ayudar a la completa recuperación del organismo del movimiento obrero, hay que eliminar el pus tan rápida y cuidadosamente como sea posible, a pesar del agudo dolor que cause ese proceso.

Los que votaron los créditos de guerra y entraron a formar parte de ministerios y apoyaron la defensa de la patria en 1914-1915, han traicionado evidentemente al socialismo. Sólo hipócritas pueden negarlo. Esta traición debe ser explicada.

## II

Seria absurdo considerar todo el problema como un problema de personalidades. ¿Qué tiene esto que ver con el oportunismo cuando personas como *Plejánov* y *Guesde* etc.?, pregunta *Kautsky* (*Neue Zeit*, 28 de mayo de 1915). ¿Qué tiene esto que ver con el oportunismo cuando *Kautsky*, etc.?, contesta *Axelrod* en nombre de los oportunistas de la Cuádruple Entente (*Die Krise der Sozialdemokratie*[3], Zurich, 1915, pág. 21). Todo esto es una farsa. Para explicar la crisis de todo el movimiento es necesario examinar, en primer lugar, **el significado económico de la política actual**; en segundo lugar,

las **ideas** que le sirven de base y, en tercer lugar, su relación con la **historia** de las diversas tendencias en el socialismo.

¿Cuál es la esencia económica del defensismo en la guerra de 1914-1915? La burguesía de *todas* las grandes potencias hace la guerra para repartirse y explotar el mundo, y para oprimir a otras naciones. A un reducido grupo de la burocracia obrera, la aristocracia obrera y los compañeros de ruta pequeñoburgueses pueden tocarle algunas migajas de las grandes ganancias de la burguesía. El socialchovinismo y el oportunismo tienen la misma base de clase: la alianza de un pequeño sector de obreros privilegiados con "su" burguesía nacional, *contra* las masas de la clase obrera; la alianza entre los lacayos de la burguesía y la burguesía *contra* la clase que es explotada por ésta. *El contenido político del oportunismo y del socialchovinismo es el mismo*: colaboración entre las clases, rechazo de la dictadura del proletariado, rechazo de las acciones revolucionarias, aceptación incondicional de la legalidad burguesa, falta de confianza en el proletariado y confianza en la burguesía. *El socialchovinismo es la continuación directa y la culminación de la política obrera liberal inglesa, del millerandismo y el bernsteinismo.*

La lucha entre las dos principales tendencias en el movimiento obrero —socialismo revolucionario y socialismo oportunista— llena todo el período que va de 1889 a 1914. Y también ahora existen en todos los países dos tendencias principales en cuanto a la actitud hacia la guerra. Dejemos la costumbre oportunista y burguesa de referirse a individuos. Veamos las *tendencias* en una serie de países. Tomemos diez países europeos: Alemania, Inglaterra, Rusia, Italia, Holanda, Suecia, Bulgaria, Suiza, Bélgica y Francia. En los ocho primeros, la división en tendencia oportunista y revolucionaria corresponde a la división en socialchovinistas e internacionalistas. En Alemania los puntos de apoyo del socialchovinismo son *Sozialistische Monatshefte* y Legien y Cía.; en Inglaterra, los fabianos y el Partido Laborista (el ILP estuvo siempre aliado con ellos, apoyó su periódico oficial, y en este bloque fue siempre más débil que los socialchovinistas, mientras que tres séptimos del BSP son internacionalistas); en Rusia esta tendencia está representada por *Nasha Zariá* (ahora *Nashe Dielo*), el Comité de Organización y el grupo de la Duma dirigido por Chjeidze; en Italia está representada por los reformistas con Bissolati al frente; en Holanda por el partido de Troelstra; en Suecia

por la mayoría del partido, dirigida por Branting; en Bulgaria por el partido de los denominados "amplios"; en Suiza por Greulich y Cía. En *todos* esos países, justamente entre los socialdemócratas revolucionarios, ha surgido ya una protesta más o menos enérgica contra el socialchovinismo. Francia y Bélgica son las dos excepciones; allí el internacionalismo también existe pero es muy débil.

El socialchovinismo es oportunismo en su forma más acabada. Está totalmente maduro para una alianza franca, y a menudo vulgar, con la burguesía y los estados mayores. Y precisamente esta alianza es la que le da gran fuerza y un monopolio de la prensa legal y del engaño de las masas. *Es absurdo seguir considerando el oportunismo como un fenómeno interno del partido.* Es ridículo pensar en aplicar la resolución de Basilea junto con David, Legien, Hyndman, Plejánov y Webb. La unidad con los socialchovinistas es la unidad con la "propia" burguesía nacional, que explota a otras naciones; es la escisión del proletariado internacional. Esto no quiere decir que sea posible en todas partes una ruptura inmediata con los oportunistas; sólo quiere decir que esta ruptura ya está madura desde un punto de vista histórico, que es necesaria e inevitable para la lucha revolucionaria del proletariado; que la historia, al pasar del capitalismo "pacífico" al capitalismo imperialista, allanó el camino para esta ruptura. *Volentem ducunt fata, no lentem trahunt*[4].

### III

Los representantes inteligentes de la burguesía lo han comprendido muy bien. Por eso dedican tantos elogios a los actuales partidos socialistas, encabezados por los "defensores de la patria", es decir, los defensores de la rapiña imperialista. Por eso los gobiernos retribuyen a los líderes socialchovinistas con cargos ministeriales (en Francia e Inglaterra), o con el monopolio de una existencia legal sin trabas (en Alemania y Rusia). Por eso mismo, en Alemania, donde el Partido Socialdemócrata era el más fuerte y donde su transformación en un partido obrero nacional liberal *contrarrevolucionario* ha sido más evidente, ¡las cosas llegaron hasta el punto de que el ministerio público califica la lucha entre la "mayoría" y la "minoría" como una "incitación al odio de clases"! Es por esto que los oportunistas inteligentes se preocupan ante todo por mantener la anterior "unidad" de los viejos partidos, que prestaron tan importantes

servicios a la burguesía en 1914 y 1915. Un socialdemócrata alemán publicó en abril de 1915, con el seudónimo de "Monitor", en la revista reaccionaria *Preussische Jahrbücher*, un artículo en el que, con franqueza digna de elogio, expresa las opiniones de estos oportunistas en todos los países del mundo. Monitor piensa que sería muy peligroso para la burguesía que los socialdemócratas se desplazaran *aun más a la derecha*: "Debe conservar el carácter de un partido obrero con ideales socialistas. Pues el día que renuncie a ello surgirá un nuevo partido que adoptará el programa al que haya renunciado el partido anterior, y lo formulará en términos aun más radicales" (*Preussische Jahrbücher*, 1915, núm. 4, págs. 50-51).

Monitor ha dado en el clavo. Eso es precisamente lo que desearon siempre los liberales ingleses y los radicales franceses: frases con un tono revolucionario para engañar a las masas e inducir las a que confíen en los Lloyd George, Sembat, Renaudel, Legien y Kautsky, hombres capaces de predicar la "defensa de la patria" en una guerra de rapiña.

Pero Monitor representa sólo una variedad de oportunismo: la variedad franca, burda y cínica. Otros proceden en forma encubierta, sutil y "honesta". Engels dijo en cierta ocasión que los oportunistas "honestos" eran los más peligrosos para la clase obrera. Un ejemplo: *Kautsky* escribe en *Neue Zeit* (26 de noviembre de 1915): "la oposición a la mayoría está aumentando, el estado anímico de las masas es opositor". "Después de la guerra [¿sólo después de la guerra? N. L.] las contradicciones de clase se agudizarán hasta tal punto, que el radicalismo prevalecerá entre las masas." "Después de la guerra [¿sólo después de la guerra? N. L.] corremos el peligro de que los elementos radicales abandonen el partido para unirse a los partidarios de acciones antiparlamentarias [?? entiéndase: extraparlamentarias] de masas." "Así pues, nuestro partido se divide en dos campos extremos, que no tienen nada en común." Para preservar la unidad, Kautsky trata de convencer a la mayoría en el Reichstag que permita a la minoría pronunciar unos cuantos discursos parlamentarios de tono radical. Eso quiere decir que, con unos cuantos discursos parlamentarios radicales, Kautsky quiere conciliar a las masas revolucionarias con los oportunistas; que "nada tienen en común" con la revolución, que tienen hace tiempo la dirección de los sindicatos y que ahora, apoyándose en su estrecha alianza con la burguesía y el

gobierno, se han adueñado también de la dirección del partido. ¿Qué diferencia sustancial hay entre esto y el "programa" de Monitor? Ninguna, sino las frases melosas que prostituyen el marxismo.

En una reunión del grupo del Reichstag el 18 de marzo de 1915, el kautskista *Wurm* "puso en guardia" al grupo para que "no estirara demasiado la cuerda; en las masas obreras crece la oposición contra la mayoría del grupo; es necesario aferrarse al 'centro' marxista [probablemente haya una errata: léase "de Monitor"]" (*Klassenkampf gegen den Krieg! Material zum "Fall Liebknecht". Ais Manuskript gedruckt*[5], pág. 67). Vemos, por lo tanto, ¡ ¡que ya en marzo de 1915 se reconocía, en nombre de *todos* los kautskistas (el llamado "centro"), como un *hecho* el sentimiento revolucionario de las masas!! ¡¡Y ocho meses y medio después Kautsky vuelve a proponer que se "reconcilie" a las masas militantes con el partido oportunista, contrarrevolucionario, y quiere hacerlo con unas cuantas frases de tono revolucionario!!

La guerra suele ser útil para poner al descubierto lo que está podrido y descartar los convencionalismos.

Comparemos a los fabianos ingleses con los kautskistas alemanes. Un *verdadero* "marxista", Federico Engels, escribía sobre los primeros, el 18 de enero de 1893:

"... una pandilla de arribistas, suficientemente sagaces como para comprender la inevitabilidad de la revolución social, pero que no desearían en absoluto confiar esta titánica tarea exclusivamente al inmaduro proletariado [...] Su principio fundamental es el temor a la revolución". (Carta a Sorge, pág. 390)[6].

Y el 11 de noviembre de 1893 escribía:

"arrogantes burgueses, que benévolamente descienden hasta el proletariado, para liberarlo desde arriba, siempre que éste quiera comprender que semejante masa tosca e inculta no puede liberarse a sí misma y que no podrá lograr nada sin la benevolencia de esos inteligentes abogados, literatos y comadres sentimentales" ... (lugar citado, pág. 401).

En teoría, Kautsky mira a los fabianos con el desprecio de un fariseo por un pobre pecador, porque él jura por el "marxismo". ¿Pero qué diferencia real existe entre ellos? Ambos han firmado el Manifiesto de Basilea y ambos han hecho con él lo que Guillermo II con la neutralidad de Bélgica. Pero Marx fustigó toda su vida a quienes trataban de extinguir el espíritu revolucionario de los obreros. Kautsky plantea su nueva teoría del "ultraimperialismo" en oposición a los marxistas revolucionarios. Según esa teoría él entiende que "la rivalidad de los capitales financieros nacionales" será sustituida por la "explotación conjunta del mundo por el capital financiero internacional" (*N.Z.*, 30 de abril de 1915). Pero añade:

"todavía no existen premisas suficientes para decidir si esta nueva etapa del capitalismo es o no factible".

¡De esta manera, basándose en meras conjeturas sobre una "nueva etapa" que no se atreve declarar categóricamente "factible", el inventor de esa "etapa" desmiente sus propias declaraciones revolucionarias, rechaza las tareas revolucionarias y la táctica revolucionaria del proletariado, las rechaza ahora, en la "etapa" de una crisis que *ya se ha iniciado*, de una guerra y de una agravación sin precedentes de las contradicciones de clase! ¿No es esto el más abominable fabianismo?

*Axelrod*, el jefe de los kautskistas rusos, considera que "El centro de gravedad del problema de la internacionalización del movimiento proletariado de liberación es la internacionalización de la práctica cotidiana"; por ejemplo, "la legislación sobre la protección del trabajo y los seguros sociales debe convertirse en objeto de las acciones y organizaciones internacionales de los obreros" (*Axelrod, La crisis de la socialdemocracia*, Zurich. 1915, págs. 39-40). Claro está que no sólo Legien, David y los Webb, sino el propio Lloyd George y Naumann, Briand y Miliukov adherirán plenamente a semejante "internacionalismo". Lo mismo que en 1912, Axelrod está dispuesto a lanzar las frases más revolucionarias para un futuro muy remoto, si la futura Internacional "se manifiesta [contra los gobiernos en el caso de guerra] y levanta una tempestad revolucionaria". ¡Vean qué valientes somos! Pero cuando se trata de apoyar y desarrollar *ahora* la agitación revolucionaria que se está iniciando entre las masas, Axelrod replica que esa táctica de acciones revolucionarias de masas "podría tener cierta justificación si estuviésemos

inmediatamente en vísperas de una revolución social, como sucedió por ejemplo en Rusia, donde las demostraciones estudiantiles de 1901 fueron el presagio de que se aproximaban batallas decisivas contra el absolutismo". Pero en el momento actual todo eso es "utopía", "bakuninismo", etc. Esto sigue completamente el estilo de Kolb, David, Südekum y Legien.

El respetabilísimo Axelrod sólo olvida que en 1901 en Rusia nadie sabía ni podía saber que la primera "batalla decisiva" se libraría cuatro años después —no olviden, *cuatro* años después— y quedaría "indecisa". Y sin embargo, sólo nosotros, los marxistas revolucionarios, tuvimos entonces razón: ridiculizamos a los Krichevski y los Martínov, que llamaban al ataque inmediato. Simplemente aconsejábamos a los obreros que echaran a los oportunistas de todas partes y que hicieran todos los esfuerzos para apoyar, profundizar y extender las demostraciones y otras acciones revolucionarias de masas. Absolutamente análoga es la actual situación en Europa. Sería absurdo llamar a un ataque "inmediato"; pero sería una vergüenza llamarse socialdemócrata y no aconsejar a los obreros que rompan con los oportunistas y que hagan todos los esfuerzos por consolidar, ahondar y definir el incipiente movimiento revolucionario y las demostraciones.

La revolución nunca cae del cielo completamente lista, y cuando comienza la efervescencia revolucionaria nadie puede decir si conducirá, y cuándo conducirá, a una revolución "verdadera", "auténtica". Kautsky y Axelrod dan a los obreros gastados y viejos consejos contrarrevolucionarios. Kautsky y Axelrod alimentan a las masas con la esperanza de que la *futura* Internacional seguramente será revolucionaria, pero lo hacen con el solo propósito de proteger, encubrir y embellecer la *actual* dominación de los elementos contrarrevolucionarios: los Legien, los David, los Vander-velde y los Hyndman. ¿No es obvio que la "unidad" con Legien y Cía. es el mejor medio para preparar la "futura" Internacional revolucionaria?

"Hubiese sido insensato querer transformar la guerra mundial en una guerra civil", declara *David*, líder de los oportunistas alemanes (*Die Sozialdemokratie und der Weltkrieg*, 1915, pág. 172), objetando el



manifiesto del Comité Central de nuestro partido del 1 de noviembre de 1914. El Manifiesto dice, entre otras cosas:

"Por grandes que parezcan, en determinado momento, las dificultades de esta transformación, los socialistas nunca renunciará: al trabajo de preparación sistemática, tenaz y consecuente en este sentido, pues la guerra es un hecho."[7]

(Citado también por David, pág. 171.) Un mes antes de que apareciera el libro de David, nuestro partido publicó sus resoluciones, en las que explicaba del siguiente modo la "preparación sistemática": 1. Negativa a votar los créditos. 2. Ruptura de la tregua civil. 3. Creación de organizaciones ilegales. 4. Apoyo a las manifestaciones de solidaridad en las trincheras. 5. Apoyo a todas las acciones revolucionarias de masas[8].

David es casi tan valiente como Axelrod: en 1912 no le parecía "insensato" referirse, al prever la guerra, a la Comuna de París.

Plejánov, típico representante de los socialchovinistas de la Entente, opina sobre la táctica revolucionaria igual que David. La llama "sueño ridículo". Pero oigamos a *Kolb*, un oportunista franco quien escribió: "La táctica de los que siguen a Liebknecht llevaría al punto de ebullición la lucha dentro de la nación alemana". (*Die Sozialdemokratie am Scheidewege* - "La socialdemocracia en la encrucijada", pág. 50).

¿Pero qué es una lucha llevada hasta el punto de ebullición, si no la guerra civil?

Si la táctica de nuestro CC, que en general coincide con la táctica de la izquierda de Zimmerwald, fuese "locura", "sueños", "aventurerismo", "bakuninismo" —como afirman David, Plejánov, Axelrod, Kautsky y otros—, nunca podría conducir a una "lucha dentro de la nación" y menos aun llevar esa lucha al punto de ebullición. En ningún lugar del mundo las frases anarquistas han llevado a una lucha dentro de una nación. En cambio, los hechos demuestran que, precisamente en 1915, como resultado de la crisis producida por la guerra, aumenta la efervescencia revolucionaria entre las masas, aumentan las huelgas y demostraciones políticas en Rusia, las huelgas en Italia e Inglaterra, las demostraciones

políticas y las manifestaciones de hambrientos en Alemania. ¿Acaso esto no es el principio de acciones revolucionarias de masas?

*Apoyar, desarrollar, ampliar e intensificar las acciones revolucionarias de masas, crear organizaciones ilegales, sin las cuales, aun en los países "libres", no hay manera de decirles la verdad a las masas populares: tal es el resumen y la esencia del programa práctico de la socialdemocracia en esta guerra. Todo lo demás son mentiras o frases, sean cuales fueren las teorías oportunistas o pacifistas con que se adornen*[9].

Cuando se nos dice que esa "táctica rusa" (expresión de David) no es adecuada para Europa, contestamos generalmente remitiéndonos a los hechos. El 30 de octubre una delegación de mujeres berlinesas, camaradas nuestras, se presentó ante el Presidium del partido y declaró "que ahora, que existe un vasto aparato de organización, es mucho más fácil difundir folletos y volantes ilegales y organizar 'reuniones no autorizadas' que en la época de la ley de excepción contra los socialistas". "No faltan recursos *i* ni métodos pero parece haber falta de deseos." (Berner *Tagwacht*, 1915, núm. 271.)

¿Será que esas malas camaradas han sido descarriadas por los "sectarios" rusos, etc.? ¿Será que las verdaderas *masas* no están representadas por esas camaradas, sino por Legien y Kautsky? Por ese Legien que en su informe del 27 de enero de 1915 fustigaba la idea "anarquista" de formar organizaciones clandestinas; o ¿por Kautsky, que se ha vuelto tan contrarrevolucionario que el 26 de noviembre, *cuatro* días antes de la demostración de diez mil personas en Berlín, calificó de "aventurerismo" las demostraciones callejeras.

¡Basta de charla, basta de "marxismo" prostituido *à la* Kautsky! Después de veinticinco años de existencia de la II Internacional, después del Manifiesto de Basilea, los obreros no volverán a creer en palabras. El oportunismo está más que maduro, convertido en socialchovinismo, se ha pasado definitivamente al campo de la burguesía. Ha roto sus vínculos espirituales y políticos con la socialdemocracia. También romperá sus vínculos orgánicos. Los obreros ya exigen una prensa "no censurada" y reuniones "no autorizadas", es decir, organizaciones clandestinas para

apoyar el movimiento revolucionario de masas. Sólo cuando la "guerra a la guerra" se orienta según estas líneas deja de ser charlatanería para convertirse en labor socialdemócrata. Y a pesar de todas las dificultades, retrocesos, decepciones e interrupciones, esa labor llevará a la humanidad a la revolución proletaria victoriosa.

### NOTAS

[1] \* Este artículo se publicó en enero de 1916, en el núm. 1 de *Vorbote* ("El precursor"), revista teórica oficial de la izquierda de Zimmerwald editada en alemán en Berna. Aparecieron dos números, el núm. 1 en enero y el 2 en abril de 1916. Sus editores oficiales fueron H. Roland-Holst y A. Pannekoek. Lenin participó activamente en su creación y luego en la organización de su traducción al francés para darle mayor difusión. En sus páginas se entabló una polémica de la izquierda de los partidarios de Zimmerwald, sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación y sobre la consigna del "desarme". Publicó también el artículo de Lenin "La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación. (Tesis)". Véase el presente tomo, págs. 241-255, (Ed.)

[2] \* No se trata de quienes siguen a Kautsky en Alemania, sino del tipo internacional de seudomarxistas que fluctúan entre el oportunismo y el radicalismo, pero que en realidad sólo sirven de hoja de parra al oportunismo.

[3] \* *La crisis de la socialdemocracia.* (Ed.)

[4] \* El destino lleva a quien lo acepta y arrastra a quien lo rechaza. (Ed.)

[5] \* *¡La lucha de clase contra la guerra! Material sobre el "Caso Liebknecht"*. Impreso sólo para circulación privada. (Ed.)

[6] \* Véase C. Marx y F. Engels, *Correspondencia*, ed. cit., pág. 327. (Ed.)

[7] \* Véase V. I. Lenin, *ob. cit.*, t. XXII, "La guerra y la socialdemocracia de Rusia". (Ed.)

[8] \* *Id., ibíd.*, "Conferencia de las secciones del POSDR en el extranjero", § El oportunismo y la bancarrota de la II Internacional. (*Ed.*)

[9] \* En el Congreso Internacional de Mujeres realizado en Berna en marzo de 1915, las representantes del CC de nuestro partido insistieron en que era absolutamente necesario crear organizaciones ilegales. Esto fue rechazado. Las inglesas se rieron de dicha proposición y ensalzaron las "libertades" británicas. Pero pocos meses después periódicos ingleses como *Labour Leader* nos llegaron con espacios en blanco, y recibimos noticias de allanamientos policiales, confiscación de folletos, arrestos y sentencias draconianas contra camaradas que en Inglaterra hablaban de la paz, ¡tan sólo de la paz!

## EL IMPERIALISMO Y LA ESCISIÓN DEL SOCIALISMO

[1916]

¿Existe alguna relación entre el imperialismo y la monstruosa y repugnante victoria que el oportunismo (en forma de socialchovinismo) ha obtenido sobre el movimiento obrero en Europa?

Este es el problema fundamental del socialismo contemporáneo. Después de haber dejado plenamente sentado en nuestra literatura de partido, en primer lugar, el carácter imperialista de nuestra época y de la guerra actual, y, en segundo lugar, el nexa histórico indisoluble que existe entre el socialchovinismo y el oportunismo, así como su igualdad de contenido ideológico y político, podemos y debemos pasar a examinar este problema fundamental.

Hay que empezar por definir, del modo más exacto completo y posible, qué es el imperialismo. El imperialismo es una fase histórica especial del capitalismo. Su carácter específico tiene tres peculiaridades: el imperialismo es 1) capitalismo monopolista; 2) capitalismo parasitario o en descomposición; 3) capitalismo agonizante. La sustitución de la libre competencia por el monopolio es el rasgo económico fundamental, la esencia del imperialismo. El monopolismo se manifiesta en cinco formas principales: 1) cártels, sindicatos y trusts; la concentración de la producción ha alcanzado el grado que da origen a estas asociaciones monopolistas de los capitalistas; 2) situación monopolista de los grandes Bancos: de tres a cinco Bancos gigantescos manejan toda la vida económica de los EE.UU., de Francia y de Alemania; 3) apropiación de las fuentes de materias primas por los trusts y la oligarquía financiera (el capital financiero es el capital industrial monopolista fundido con el capital bancario); 4) se ha iniciado el reparto (económico) del mundo entre los cártels internacionales. ¡Son ya más de cien los cártels internacionales que dominan todo el mercado mundial y se lo reparten "ami gablemente", hasta que la guerra lo redistribuya! La exportación del capital, como fenómeno

particularmente característico a diferencia de la exportación de mercancías bajo el capitalismo no monopolista, guarda estrecha relación con el reparto económico y político-territorial del mundo. 5) Ha terminado el reparto territorial del mundo (de las colonias).

El imperialismo, como fase superior del capitalismo en Norteamérica y en Europa, y después en Asia, se formó plenamente en el período 1898-1914. Las guerras hispano-norteamericana (1898), anglo-bóer (1899-1902) y ruso-japonesa (1904-1905), y la crisis económica de Europa en 1900, son los principales jalones históricos de esta nueva época de la historia mundial.

Que el imperialismo es el capitalismo parasitario o en descomposición se manifiesta, ante todo, en la tendencia a la descomposición que distingue a todo monopolio en el régimen de la propiedad privada sobre los medios de producción. La diferencia entre la burguesía imperialista democrático-republicana y la monárquico-reaccionaria se borra, precisamente, porque una y otra se pudren vivas (lo que no elimina, en modo alguno, el desarrollo asombrosamente rápido del capitalismo en ciertas ramas industriales, en ciertos países, en ciertos períodos). En segundo lugar, la descomposición del capitalismo se manifiesta en la formación de un enorme sector de rentistas, de capitalistas que viven de "cortar cupones". En los cuatro países imperialistas avanzados -- Inglaterra, América del Norte, Francia y Alemania --, el capital en valores asciende, en cada país, de cien a ciento cincuenta mil millones de francos, lo cual significa, por lo menos, una renta anual de cinco mil a ocho mil millones de francos. En tercer lugar, la exportación de capital es el parasitismo elevado al cuadrado. En cuarto lugar, "el capital financiero tiende a la dominación, y no a la libertad". La reacción política en toda la línea es rasgo característico del imperialismo. Venalidad, soborno en proporciones gigantescas, un verdadero Panamá[1]. En quinto lugar, la explotación de las naciones oprimidas, ligada indisolublemente a las anexiones, y, sobre todo, la explotación de las colonias por un puñado de "grandes" potencias, convierte cada vez más el mundo "civilizado" en

un parásito que vive sobre el cuerpo de centenares de millones de hombres de los pueblos no civilizados. El proletario romano vivía a expensas de la sociedad. La sociedad actual vive a expensas del proletario moderno. Marx subrayaba especialmente esta profunda observación de Sismondi[2]. El imperialismo modifica algo la situación. Una capa privilegiada del proletariado de las potencias imperialistas vive, en parte, a expensas de los centenares de millones de hombres de los pueblos no civilizados.

Queda claro por qué el imperialismo es un capitalismo agonizante, en transición hacia el socialismo: el monopolio, que nace del capitalismo, es ya capitalismo agonizante, el comienzo de su tránsito al socialismo. La misma significación tiene la gigantesca socialización del trabajo realizada por el imperialismo (lo que sus apologistas, los economistas burgueses, llaman "entrelazamiento").

Al definir de este modo el imperialismo, nos colocamos en plena contradicción con C. Kautsky, que se resiste a considerar el imperialismo como una "fase del capitalismo" y lo define como política "preferida" del capital financiero, como tendencia de los países "industriales" a anexionarse los países "agrarios"[\*]. Desde el punto de vista teórico, esta definición de Kautsky es completamente falsa. La peculiaridad del imperialismo no es precisamente el dominio del capital industrial, sino el del capital financiero, precisamente la tendencia a anexionarse no sólo países agrarios, sino toda clase de países. Kautsky separa la política del imperialismo de su economía, separa el monopolismo en política del monopolismo en economía, para desbrozar el camino a su vulgar reformismo burgués tal como el "desarme", el "ultraimperialismo" y demás necedades por el estilo. El propósito y el objeto de esta falsedad teórica se reducen exclusivamente a disimular las contradicciones más profundas del imperialismo y a justificar de este modo la teoría de la "unidad" con sus apologistas: con los oportunistas y socialchovinistas descarados.

Ya hemos hablado bastante de esta ruptura de Kautsky con el marxismo, tanto en el Sotsial-Demokrat como en el Kommunist [3].

Nuestros kautskianos rusos, los del CO con Axelrod y Spectator[4] al frente, sin excluir a Mártoov y, en grado considerable, a Trotski, han preferido silenciar el kautskismo como tendencia. No se han atrevido a defender lo que Kautsky ha escrito durante la guerra limitándose simplemente a elogiar a Kautsky (Axelrod en su folleto alemán que el Comité de Organización[5] ha prometido publicar en ruso) o aludir a cartas particulares de Kautsky (Spectator) en las que afirma que pertenece a la oposición y trata de anular jesuíticamente sus declaraciones chovinistas.

Observamos que, en su "interpretación" del imperialismo -- que equivale a embellecerlo -- , Kautsky retrocede no sólo en relación a El capital financiero de Hilferding (¡por muy empeñadamente que el mismo Hilferding defienda ahora a Kautsky y la "unidad" con los socialchovinistas!), sino también en relación al social-liberal J. A. Hobson. Este economista inglés, que ni por asomo pretende merecer el título de marxista, define de un modo mucho más profundo el imperialismo y pone de manifiesto sus contradicciones en su obra de 1902<sup>\*\*</sup>. Veamos lo que dice este escritor (en cuyas obras podemos encontrar casi todas las vulgaridades pacifistas y "conciliadoras" de Kautsky) sobre la cuestión, que tiene singular importancia, del carácter parasitario del imperialismo:

Dos clases de circunstancias han debilitado, a juicio de Hobson, la potencia de los viejos imperios: 1) el "parasitismo económico" y 2) la formación de ejércitos con hombres de los pueblos dependientes. "La primera es la costumbre del parasitismo económico, en virtud de la cual el Estado dominante utiliza sus provincias, sus colonias y los países dependientes, con objeto de enriquecer a su clase dirigente y de sobornar a sus clases inferiores para que se estén quietas". Refiriéndose a la segunda circunstancia Hobson escribe:

"Uno de los síntomas más extraños de la ceguera del imperialismo" (en boca del social-liberal Hobson esta cantinela sobre la "ceguera" de los imperialistas es más apropiada que en el "marxista" Kautsky) "es la despreocupación con que la Gran Bretaña, Francia y otras naciones



imperialistas emprenden este camino. La Gran Bretaña ha ido más lejos que ningún otro país. La mayor parte de las batallas por medio de las cuales conquistamos nuestro imperio de la India, fueron sostenidas por nuestras tropas indígenas. En la India, y últimamente en Egipto, grandes ejércitos permanentes están mandados por ingleses; casi todas las guerras de conquista en Africa, a excepcion de la del Sur, han sido llevadas a cabo, para nosotros, por los indígenas".

La perspectiva del reparto de China dio lugar a la siguiente apreciación económica de Hobson: "La mayor parte de la Europa Occidental podría adquirir entonces el aspecto y el carácter que tienen actualmente ciertos lugares de estos países: el sur de Inglaterra, la Riviera, los sitios de Italia y de Suiza más frecuentados por los turistas y poblados por los ricachos, es decir, pequeños grupos de aristócratas acaudalados, que reciben dividendos y pensiones del Lejano Oriente, con un grupo algo más numeroso de empleados y comerciantes y un número más considerable de criados y obreros del ramo del transporte y de la industria dedicada al ultimo retoque de los artículos manufacturados. En cambio, las ramas principales de la industria desaparecerían y los productos alimenticios de gran consumo, los artículos semimanufacturados de uso corriente afluirían, como un tributo, de Asia y de Africa". "He aquí qué posibilidades abre ante nosotros una alianza más vasta de los Estados occidentales una federación europea de las grandes potencias; dicha federación no sólo no haría avanzar la civilización mundial, sino que podría implicar un peligro gigantesco de parasitismo occidental: formar un grupo de las naciones industriales avanzadas, cuyas clases superiores percibirían inmensos tributos de Asia y de Africa, por medio de los cuales mantendrían a grandes masas domesticadas de empleados y servidores, ocupados no ya en la producción agrícola e industrial de gran consumo, sino en prestar servicios personales o realizar un trabajo industrial secundario, bajo el control de una nueva aristocracia financiera. Que los que estén dispuestos a rechazar esta teoría" (debería decirse: perspectiva), "como poco digna de atención, reflexionen sobre las condiciones económicas y sociales de las regiones del sur de Inglaterra que se hallan

ya en esta situación. Que piensen en las enormes proporciones que podría adquirir dicho sistema si China se viera sometida al control económico de tales grupos financieros, de "inversionistas de capital" (rentistas), de sus funcionarios políticos y empleados comerciales e industriales que extraerían beneficios del más grande depósito potencial que jamás ha conocido el mundo, con objeto de consumir dichos beneficios en Europa. Naturalmente, la situación es excesivamente compleja, el juego de las fuerzas mundiales es demasiado difícil de calcular para que resulte muy verosímil esa u otra interpretación unilateral del futuro. Pero las influencias que rigen el imperialismo de la Europa Occidental en el presente se orientan hacia esa dirección, y, si no encuentran resistencia, si no son desviadas hacia otra dirección, orientarán en ese sentido la consumación del proceso".

El social-liberal Hobson no ve que esta "resistencia" sólo puede oponerla el proletariado revolucionario, y sólo en forma de revolución social. ¡Por algo es social-liberal! Pero ya en 1902 abordaba admirablemente tanto el problema de la significación de los "Estados Unidos de Europa" (¡sépalos el kautskiano Trotski!) como todo lo que tratan de disimular los kautskianos hipócritas de diversos países, a saber: que los oportunistas (socialchovinistas) colaboran con la burguesía imperialista precisamente para formar una Europa imperialista sobre los hombros de Asia y de Africa; que los oportunistas son, objetivamente, una parte de la pequeña burguesía y de algunas capas de la clase obrera, parte sobornada con las superganancias imperialistas, convertida en perros guardianes del capitalismo, en elemento corruptor del movimiento obrero.

Más de una vez, y no sólo en artículos, sino en resoluciones de nuestro Partido, hemos señalado esta relación económica, la más honda, precisamente entre la burguesía imperialista y el oportunismo, que ahora (¿será por mucho tiempo?) ha vencido al movimiento obrero. De ello deducíamos, entre otras cosas, que es inevitable la escisión con el socialchovinismo. ¡Nuestros kautskianos han preferido eludir este problema! Mártoov, por ejemplo, ya en sus conferencias, recurría al sofisma

que se ha expresado del modo siguiente en el Boletín del Secretariado en el Extranjero del Comité de Organización[6] (núm. 4, del 10 de abril de 1916):-- ". . . Muy mala, incluso desesperada, sería la situación de la socialdemocracia revolucionaria si los grupos de obreros, que por su desarrollo espiritual están más cerca de los "intelectuales", y los más calificados, la abandonarían fatalmente para pasar al oportunismo . . ."

¡Empleando la tonta palabreja "fatalmente" y con un poco de "trampa", se elude el hecho de que ciertas capas obreras se han pasado al oportunismo y a la burguesía imperialista! ¡Y este es el hecho que querían eludir los sofistas del Comité de Organización! Salen del paso con el "optimismo oficial" de que ahora hacen gala tanto el kautskiano Hilferding como muchos otros, ¡diciendo que las condiciones objetivas garantizan la unidad del proletariado y la victoria de la tendencia revolucionaria!, ¡diciendo que nosotros somos "optimistas" en lo que respecta al proletariado!

Y, en realidad, todos estos kautskianos, Hilferding, los partidarios del CO, Márkov y Cía. son optimistas . . . en lo que respecta al oportunismo. ¡Este es el quid de la cuestión!

El proletariado es fruto del capitalismo, pero del capitalismo mundial, y no sólo del europeo, no sólo del imperialista. En escala mundial, cincuenta años antes o cincuenta años después -- en tal escala esto es un problema secundario --, el "proletariado", naturalmente, "llegará" a la unidad y en él triunfará "ineludiblemente" la socialdemocracia revolucionaria. No se trata de esto, señores kautskianos, sino de que ustedes, ahora, en los países imperialistas de Europa, se prosternan como lacayos ante los oportunistas, que son extraños al proletariado como clase, que son servidores, agentes y portadores de la influencia de la burguesía y, si no se desembaraza de ellos, el movimiento obrero seguirá siendo un movimiento obrero burgués. Vuestra prédica de la "unidad" con los oportunistas, con los Legien y los David, los Plejánov y los Chjenkeli, los Potréssov, etc., es, objetivamente, la defensa de la

esclavización de los obreros por la burguesía imperialista a través de sus mejores agentes en el movimiento obrero. La victoria de la socialdemocracia revolucionaria en escala mundial es absolutamente ineludible, pero marcha y marchará, avanza y avanzará sólo contra ustedes, será una victoria sobre ustedes.

Las dos tendencias, incluso los dos partidos del movimiento obrero contemporáneo, que tan claramente se han escindido en todo el mundo en 1914-1916, fueron observadas por Engels y Marx en Inglaterra durante varios decenios, aproximadamente entre 1858 y 1892.

Ni Marx ni Engels vivieron para ver la época imperialista del capitalismo mundial, que sólo se inicia entre 1898 y 1900. Pero ya a mediados del siglo XIX, era característica de Inglaterra la presencia, por lo menos, de dos principales rasgos distintivos del imperialismo: 1) inmensas colonias y 2) ganancias monopolistas (a consecuencia de su situación monopolista en el mercado mundial). En ambos sentidos, Inglaterra representaba entonces una excepción entre los países capitalistas, y Engels y Marx, analizando esta excepción, indicaban en forma completamente clara y definida que estaba en relación con la victoria (temporal) del oportunismo en el movimiento obrero inglés.

En una carta a Marx, del 7 de octubre de 1858, escribía Engels: "El proletariado inglés se está aburguesando, de hecho, cada día más; así que esta nación, la más burguesa de todas, aspira aparentemente a llegar a tener al lado de la burguesía, una aristocracia burguesa y un proletariado burgués. Naturalmente, por parte de una nación que explota al mundo entero, esto es, hasta cierto punto, lógico". En una carta a Sorge, fechada el 21 de septiembre de 1872, Engels comunica que Hales promovió en el Consejo Federal de la Internacional un gran escándalo, logrando un voto de censura contra Marx por sus palabras de que "los líderes obreros ingleses se habían vendido". Marx escribe a Sorge el 4 de agosto de 1874: "En lo que respecta a los obreros urbanos de aquí (en Inglaterra), es de lamentar que toda la banda de líderes no haya ido al Parlamento. Sería el camino más seguro

para librarse de esa canalla". En una carta a Marx, del 11 de agosto de 1881, Engels habla de "las peores tradeuniones inglesas, que permiten que las dirija gente vendida a la burguesía, o, cuando menos, pagada por ella". En una carta a Kautsky, del 12 de septiembre de 1882, escribía Engels: "Me pregunta usted ¿qué piensan los obreros ingleses acerca de la política colonial? Lo mismo que piensan de la política en general. Aquí no hay un partido obrero, sólo hay conservadores y radicales liberales, y los obreros se aprovechan con ellos, con la mayor tranquilidad, del monopolio colonial de Inglaterra y de su monopolio en el mercado mundial".

El 7 de diciembre de 1889, escribía Engels a Sorge: ". . . Lo más repugnante aquí (en Inglaterra) es la respectability (respetabilidad) burguesa que se ha hecho carne y sangre de los obreros. . . ; hasta el propio Tom Mann, a quien considero el mejor de todos ellos, le gusta mencionar que habrá de comer con el lord mayor. Basta compararlos con los franceses para convencerse de hasta qué punto en este aspecto influye saludablemente la revolución". En otra carta, del 19 de abril de 1890: "El movimiento (de la clase obrera en Inglaterra) avanza bajo la superficie, abarca sectores cada vez más amplios que, en la mayoría de los casos, pertenecen a la masa más inferior (subrayado por Engels), inerte hasta ahora; y no está ya lejano el día en que esta masa se encuentre a sí misma, en que vea claro que es ella misma, precisamente, la colosal masa en movimiento"[7]. El 4 de marzo de 1891: "el revés del fracasado sindicato de los obreros del puerto, las 'viejas' tradeuniones conservadoras, ricas y por ello mismo cobardes, quedan solas en el campo de batalla". . . El 14 de septiembre de 1891: en el Congreso de las tradeuniones, celebrado en Newcastle, son derrotados los viejos tradeunionistas, enemigos de la jornada de 8 horas, "y los periódicos burgueses reconocen la derrota del partido obrero burgués " (subrayado en todas partes por Engels)[8]. . .

Que estas ideas, repetidas por Engels durante décadas enteras, también fueron expresadas por él públicamente, en la prensa, lo prueba su prólogo a la segunda edición de La situación de la clase obrera en Inglaterra (1892)[9]. Habla aquí de una "aristocracia en el seno de la clase

obrera", de la "minoría privilegiada de obreros" frente a "la gran masa obrera". "Una pequeña minoría, privilegiada y protegida", de la clase obrera es la única que obtuvo "prolongadas ventajas" de la situación privilegiada de Inglaterra en 1848-1868, mientras que, "la gran masa, en el mejor de los casos, sólo gozaba de breves mejoras". . . "Cuando quiebre el monopolio industrial de Inglaterra, la clase obrera inglesa perderá su situación privilegiada". . . Los miembros de las "nuevas" tradeuniones, los sindicatos de obreros no calificados, "tienen una enorme ventaja: su mentalidad es todavía un terreno virgen, absolutamente exento de los 'respetables' prejuicios burgueses heredados, que trastornan las cabezas de los 'viejos tradeunionistas' mejor situados. . ." En Inglaterra se habla de "los llamados representantes obreros" refiriéndose a gentes a las que "se perdona su pertenencia a la clase obrera porque ellos mismos están dispuestos a ahogar esta cualidad suya en el océano de su liberalismo. . ."

Hemos citado deliberadamente las declaraciones directas de Marx y Engels en forma bastante extensa, para que los lectores puedan estudiarlas en conjunto. Es imprescindible estudiarlas y merece la pena de que se reflexione atentamente sobre ellas. Porque son la clave de la táctica del movimiento obrero que prescriben las condiciones objetivas de la época imperialista. También aquí Kautsky ha intentado ya "enturbiar el agua" y sustituir el marxismo por una conciliación dulzona con los oportunistas. Polemizando con los socialimperialistas francos y cándidos (como Lensch), que justifican la guerra por parte de Alemania, como destrucción del monopolio de Inglaterra, Kautsky "corrige " esta evidente falsedad con otra falsedad igualmente palmaria. ¡En lugar de una falsedad cínica coloca una falsedad dulzona! El monopolio industrial de Inglaterra, dice, está hace tiempo roto, destruido: ni se puede ni hay por qué destruirlo.

¿Por qué es falso este argumento?

En primer lugar, porque pasa por alto el monopolio colonial de Inglaterra. ¡Y Engels, como hemos visto, ya en 1882, hace 34 años, lo indicaba con toda claridad! Si está deshecho el monopolio industrial de

Inglaterra, su colonial no sólo se mantiene, sino que se ha recrudecido extraordinariamente, porque ¡todo el mundo está ya repartido! Con sus mentiras dulzonas, Kautsky hace pasar de contrabando la idea, pacifista-burguesa y oportunista-pequeñoburguesa de que "no hay por qué hacer la guerra". Por el contrario, los capitalistas no sólo tienen ahora por qué hacer la guerra, sino que no pueden dejar de hacerla, si, quieren conservar el capitalismo, porque sin un nuevo reparto de las colonias por la fuerza, los nuevos países imperialistas no podrán obtener los privilegios de que disfrutaban las potencias imperialistas más viejas (y menos fuertes).

En segundo lugar, ¿por qué explica el monopolio de Inglaterra la victoria (temporal) del oportunismo en este país? Porque el monopolio da superganancias, es decir, un exceso de ganancias por encima de las ganancias normales, ordinarias del capitalismo en todo el mundo. Los capitalistas pueden gastar una parte de estas superganancias (¡e incluso una parte no pequeña!) para sobornar a sus obreros, creando algo así como una alianza (recuérdense las famosas "alianzas" de las tradeuniones inglesas con sus amos descritas por los Webb), alianza de los obreros de un país dado, con sus capitalistas contra los demás países. A fines del siglo XIX, el monopolio industrial de Inglaterra estaba ya deshecho. Eso es indiscutible. Pero ¿cómo se produjo esa destrucción? ¿De modo que hiciera desaparecer todo monopolio?

Si así fuera, la "teoría" de Kautsky de la conciliación (con el oportunismo) estaría hasta cierto punto justificada. Pero precisamente se trata de que no es así. El imperialismo es el capitalismo monopolista. Cada cártel, cada trust, cada sindicato, cada Banco gigantesco es un monopolio. Las superganancias no han desaparecido, sino que prosiguen. La explotación por un país privilegiado, financieramente rico, de todos los demás, sigue y es aún más intensa. Un puñado de países ricos -- son en total cuatro, si se tiene en cuenta una riqueza independiente y verdaderamente gigantesca, una riqueza "contemporánea: Inglaterra, Francia, los Estados Unidos y Alemania -- ha extendido los monopolios en proporciones inabarcables, obtiene centenares, si no miles de millones de

super ganancias, "vive sobre las espaldas" de centenares y centenares de millones de hombres de otros países, entre luchas intestinas por el reparto de un botín de lo más suntuoso, de lo más pingüe, de lo más fácil.

En esto consiste precisamente la esencia económica y política del imperialismo, cuyas profundísimas contradicciones Kautsky oculta en vez de ponerlas al descubierto.

La burguesía de una "gran" potencia imperialista puede económicamente sobornar a las capas superiores de "sus" obreros, dedicando a ello alguno que otro centenar de millones de francos al año, ya que sus super ganancias se elevan probablemente a cerca de mil millones. Y la cuestión de cómo se reparte esa pequeña migaja entre los ministros obreros, los "diputados obreros" (recordad el espléndido análisis que de este concepto hace Engels), los obreros que forman parte de los comités de la industria armamentista[10], los funcionarios obreros, los obreros organizados en sindicatos de carácter estrechamente gremial, los empleados, etc., etc., es ya una cuestión secundaria.

Desde 1848 a 1868, y en parte después, Inglaterra era el único país monopolista; por esto pudo vencer allí, para decenios, el oportunismo; no había más países ni con riquísimas colonias ni con monopolio industrial.

El último tercio del siglo XIX es un periodo de transición a una nueva época, a la época imperialista. Disfruta del monopolio no el capital financiero de una sola gran potencia, sino el de unas cuantas, muy pocas. (En el Japón y en Rusia, el monopolio de la fuerza militar, de un territorio inmenso o de facilidades especiales para despojar a los pueblos alogenos, a China, etc., completa y en parte sustituye el monopolio del capital financiero más moderno.) De esta diferencia se deduce que el monopolio de Inglaterra pudo ser indiscutido durante decenios. En cambio, el monopolio del capital financiero actual se discute furiosamente; ha comenzado la época de las guerras imperialistas. Entonces se podía sobornar, corromper durante decenios a la clase obrera de un país. Ahora



esto es inverosímil, y quizá hasta imposible. Pero, en cambio, cada "gran" potencia imperialista puede sobornar y soborna a capas más reducidas (que en Inglaterra entre 1848 y 1868) de la "aristocracia obrera". Entonces, como dice con admirable profundidad Engels, sólo en un país podía constituirse un "partido obrero burgués", porque sólo un país disponía del monopolio, pero, en cambio, por largo tiempo. Ahora, el "partido obrero burgués" es inevitable y típico en todos los países imperialistas, pero, teniendo en cuenta la desesperada lucha de éstos por el reparto del botín, no es probable que semejante partido triunfe por largo tiempo en una serie de países. Ya que los trusts, la oligarquía financiera, la carestía, etc., permiten sobornar a un puñado de las capas superiores y de esta manera oprimen, subyugan, arruinan y atormentan con creciente intensidad a la masa de proletarios y semiproletarios.

Por una parte, está la tendencia de la burguesía y de los oportunistas a convertir el puñado de naciones más ricas, privilegiadas, en "eternos" parásitos sobre el cuerpo del resto de la humanidad, a "dormir sobre los laureles" de la explotación de negros, hindúes, etc., teniéndolos sujetos por medio del militarismo moderno, provisto de una magnífica técnica de exterminio. Por otra parte, está la tendencia de las masas, que son más oprimidas que antes, que soportan todas las calamidades de las guerras imperialistas, tendencia a sacudirse ese yugo, a derribar a la burguesía. La historia del movimiento obrero se desarrollará ahora, inevitablemente, en la lucha entre estas dos tendencias, pues la primera tendencia no es casual, sino que tiene un "fundamento" económico. La burguesía ha dado ya a luz, ha criado y se ha asegurado "partidos obreros burgueses" de socialchovinistas en todos los países. Carecen de importancia las diferencias entre un partido oficialmente formado, como el de Bissolati en Italia, por ejemplo, partido totalmente socialimperialista, y, supongamos, el quasipartido, a medio formar, de los Potréssov, Gvózdiev, Bulkin, Chjeídze, Skóbeliev y Cía. Lo importante es que, desde el punto de vista económico, ha madurado y se ha consumado el paso de una capa de aristocracia obrera a la burguesía, pues este hecho económico, este

desplazamiento en las relaciones entre las clases, encontrará sin gran "dificultad" una u otra forma política.

Sobre la indicada base económica, las instituciones políticas del capitalismo moderno -- prensa, parlamento, sindicatos, congresos, etc. -- han creado privilegios y dádivas políticos, correspondientes a los económicos, para los empleados y obreros respetuosos, mansos, reformistas y patrioteros. La burguesía imperialista atrae y premia a los representantes y partidarios de los "partidos obreros burgueses" con lucrativos y tranquilos cargos en el gobierno o en el comité de industrias de guerra, en el parlamento y en diversas comisiones, en las redacciones de periódicos legales "serios" o en la dirección de sindicatos obreros no menos serios y "obedientes a la burguesía".

En este mismo sentido actúa el mecanismo de la democracia política. En nuestros días no se puede pasar sin elecciones; ni nada se puede hacer sin las masas, pero en la época de la imprenta y del parlamentarismo no es posible llevar tras de sí a las masas sin un sistema ampliamente ramificado, metódicamente aplicado, sólidamente organizado de adulación, de mentiras, de fraudes, de prestidigitación con palabrejas populares y de moda, de promesas a diestro y siniestro de toda clase de reformas y beneficios para los obreros, con tal de que renuncien a la lucha revolucionaria por derribar a la burguesía. Yo llamaría a este sistema lloydgeorgismo, por el nombre de uno de sus representantes más eminentes y hábiles de este sistema en el país clásico del "partido obrero burgués", el ministro inglés Lloyd George. Negociante burgués de primera clase y político astuto, orador popular, capaz de pronunciar toda clase de discursos, incluso r-r-revolucionarios, ante un auditorio obrero; capaz de conseguir, para los obreros dóciles, dádivas apreciables como son las reformas sociales (seguros, etc.), Lloyd George sirve admirablemente a la burguesía[\*\*\*] y la sirve precisamente entre los obreros, extendiendo su influencia precisamente en el proletariado, donde le es más necesario y más difícil someter moralmente a las masas.

¿Pero es tanta la diferencia entre Lloyd George y los Scheidemann, los Legien, los Henderson, los Hyndman, los Plejánov, los Renaudel y Cía.? Se nos objetará que, de estos últimos, algunos volverán al socialismo revolucionario de Marx. Es posible, pero ésta es una diferencia insignificante en proporción, si se considera el problema en escala política, es decir, en su aspecto de masas. Algunos de los actuales líderes socialchovinistas pueden volver al proletariado. Pero la corriente socialchovinista o (lo que es lo mismo) oportunista no puede desaparecer ni "volver" al proletariado revolucionario. Donde el marxismo es popular entre los obreros, esta corriente política, este "partido obrero burgués", invocará a Marx y jurará en su nombre. No se le puede prohibir, como no se le puede prohibir a una empresa comercial que emplee cualquier etiqueta, cualquier rótulo, cualquier anuncio. En la historia ha sucedido siempre que, después de muertos los jefes revolucionarios cuyos nombres son populares en las clases oprimidas, sus enemigos han intentado apropiárselos para engañar a estas clases.

El hecho de que en todos los países capitalistas avanzados se han constituido ya "partidos obreros burgueses", como fenómeno político, y que sin una lucha enérgica y despiadada, en toda la línea, contra esos partidos -- o, grupos, corrientes, etc., todo es lo mismo -- no puede ni hablarse de lucha contra el imperialismo, ni de marxismo, ni de movimiento obrero socialista. La fracción de Chjeídze[11], Nashe Dielo [12] y Golos Trudá [13] en Rusia, y los partidarios del CO en el extranjero, no son sino una variante de uno de estos partidos. No tenemos ni asomo de fundamento para pensar que estos partidos pueden desaparecer antes de la revolución social. Por el contrario, cuanto más cerca esté esa revolución, cuanto más poderosamente se encienda, cuanto más bruscos y fuertes sean las transiciones y los saltos en el proceso de su desarrollo, tanto mayor será el papel que desempeñe en el movimiento obrero la lucha de la corriente revolucionaria, de masas, contra la corriente oportunista, pequeñoburguesa. El kautskismo no es ninguna tendencia independiente, pues no tiene raíces ni en las masas ni en la capa privilegiada que se ha pasado a la burguesía. Pero el peligro que entraña el kautskismo consiste

en que, utilizando la ideología del pasado, se esfuerza por conciliar al proletariado con el "partido obrero burgués", por mantener su unidad con este último y levantar de tal modo el prestigio de dicho partido. Las masas no siguen ya a los socialchovinistas descarados: Lloyd George ha sido silbado en Inglaterra en asambleas obreras, Hyndman ha abandonado el partido; a los Renaudel y los Scheidemann, a los Potréssov y los Gvózdiev les protege la policía. Lo más peligroso es la defensa encubierta que los kautskianos hacen de los socialchovinistas.

Uno de los sofismas más difundidos de los kautskistas es el remitirse a las "masas". ¡No queremos, dicen, separarnos de ellas ni de sus organizaciones! Pero obsérvese cómo plantea Engels esta cuestión. Las "organizaciones de masas" de las tradeuniones inglesas estuvieron en el siglo XIX al lado del partido obrero burgués. Y no por eso se conformaron Marx y Engels con este partido, sino que lo desenmascararon. No olvidaban, en primer lugar, que las organizaciones de las tradeuniones abarcan, en forma inmediata, una minoría del proletariado. Tanto entonces en Inglaterra como ahora en Alemania está organizada no más de una quinta parte del proletariado. Bajo el capitalismo no puede pensarse seriamente en la posibilidad de organizar a la mayoría de los proletarios. En segundo lugar -- y esto es lo principal --, no se trata tanto del número de miembros de una organización, como del sentido real, objetivo, de su política: de si esa política representa a las masas, sirve a las masas, es decir, sirve para liberarlas del capitalismo, o representa los intereses de una minoría, su conciliación con el capitalismo. Precisamente esto último, que era justo en relación con Inglaterra en el siglo XIX, es justo hoy día en relación con Alemania, etc.

Del "partido obrero burgués" de las viejas tradeuniones, de la minoría privilegiada, distingue Engels la "masa inferior", la verdadera mayoría y apela a ella, que no está contaminada de "respetabilidad burguesa". ¡Ese es el quid de la táctica marxista!

Ni nosotros ni nadie puede calcular exactamente qué parte del proletariado es la que sigue y seguirá a los socialchovinistas y oportunistas. Sólo la lucha lo pondrá de manifiesto, sólo la revolución socialista lo decidirá definitivamente. Pero lo que sí sabemos con certeza es que los "defensores de la patria" en la guerra imperialista sólo representan una minoría. Y por esto, si queremos seguir siendo socialistas, nuestro deber es ir más abajo y más a lo hondo, a las verdaderas masas: en ello está el sentido de la lucha contra el oportunismo y todo el contenido de esta lucha. Poniendo al descubierto que los oportunistas y los socialchovinistas traicionan y venden de hecho los intereses de las masas, que defienden privilegios pasajeros de una minoría obrera, que extienden ideas e influencias burguesas, que, en realidad, son aliados y agentes de la burguesía, de este modo enseñamos a las masas a comprender cuáles son sus verdaderos intereses políticos, a luchar por el socialismo y por la revolución, a través de todas las largas y penosas peripecias de las guerras imperialistas y de los armisticios imperialistas.

La única línea marxista en el movimiento obrero mundial consiste en explicar a las masas que la escisión con el oportunismo es inevitable e imprescindible, en educarlas para la revolución en una lucha despiadada contra él, en aprovechar la experiencia de la guerra para desenmascarar todas las infamias de la política obrera liberal-nacionalista, y no para encubrirlas.

En el artículo siguiente trataremos de resurnir los principales rasgos distintivos de esta línea, en contraposición al kautskismo.

## **NOTAS**

\* "El imperialismo es un producto del capitalismo industrial altamente desarrollado. Consiste en la tendencia de toda nación capitalista industrial a someter y anexionarse cada vez más regiones agrarias

cualesquiera sean los pueblos que las habitan" (véase Kautsky, Die Neue Zeit, II. IX. 1914).

\*\* J. A. Hobson: Imperialismo, Londres, 1902.

\*\*\* Hace poco he leído en una revista inglesa un artículo de un tory, adversario político de Lloyd George: Lloyd George desde el punto de vista de un tory. ¡La guerra ha abierto los ojos a este adversario, haciéndole ver qué magnífico servidor de la burguesía es Lloyd George! ¡Y los tories se han reconciliado con él!

[1] Panamá (francesa): gran fraude en una empresa capitalista surgido en 1892-1893 en Francia, ligado a abusos y al soborno de activistas estatales, funcionarios y periódicos. Esta palabra adquirió tal significación por ser una compañía francesa la que inició las obras de apertura del canal de Panamá y de los enormes abusos por ella cometidos.

[2] Véase C. Marx, El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte.

[3] Kommunist: revista organizada por Lenin, que en 1915 editó en Ginebra la Redacción de Sotsial-Demokrat. Apareció un número (doble) en el que se insertaban tres artículos de Lenin; "La bancarrota de la II Internacional", "La voz honrada de un socialista francés" e "Imperialismo y socialismo en Italia". En el seno de la redacción de la revista, Lenin combatió contra el grupo de Bujarin-Piatakof, hostil al Partido, denunciando sus concepciones antibolcheviques y sus intentos de utilizar la revista con móviles fraccionalistas. Considerando la posición de este grupo, contraria al Partido, Lenin propuso a la Redacción de Sotsial-Demokrat romper con él y cesar la publicación conjunta de la revista. En octubre de 1916, la Redacción del periódico empezó a editar su Sbornik Sotsial-Demokrata.

[4] Spektator: economista ruso M. I. Nagimson.

[5] Comité de Organización (CO), (OK en ruso, sus miembros se denominaban okistas): centro dirigente de los mencheviques; se formó en en la Conferencia de agosto de los mencheviques liquidacionistas y de todos los grupos y tendencias contrarias al Partido; cesó sus actividades después de la elección del CC del Partido menchevique en agosto de 1917. Durante la Primera Guerra Mundial, el CO tomó una posición socialchovinista.

[6] Boletín del Secretariado en el Extranjero del Comité de Organización ("Izvestia Zagraníchnogo Sekretariata O.K."): periódico menchevique publicado de febrero de 1915 a marzo de 1917 en Suiza; 10 números en total.

[7] Véase la carta de F. Engels a F. Sorge del 19 de abril de 1890.

[8] Ibid., del 4 de marzo y del 14 de septiembre de 1891.

[9] Véase C. Marx y F. Engels, Obras Completas, t. XXII.

[10] Los comités de la industria armamentista fueron creados en 1915 en Rusia por la gran burguesía imperialista para ayudar al zarismo en la guerra. Tratando de someter a los obreros a su influencia y de inculcarles ideas nacional-defensistas, la burguesía ideó la organización de "grupos obreros" anejos a esos comités. A la burguesía le convenía que en esos grupos hubiese representantes de los obreros, encargados de hacer propaganda entre las masas obreras en favor de una mayor productividad del trabajo en las fábricas de materiales militares. Los mencheviques participaron activamente en esta empresaseudopatriótica de la burguesía. Los bolcheviques declararon el boicot a los comités de la industria armamentista y lo aplicaron eficazmente con el apoyo de la mayoría de los obreros.

[11] Fracción de Chjeídze: fracción menchevique en la IV Duma de Estado, dirigida por N. Chjeídze, en la cual ocuparon siete asientos delegados-liquidacionistas de los socialdemócratas.

**[12]** Nashe Dielo ("Nuestra Causa"): Revista menchevique del liquidacionismo, órgano principal de los socialchovinistas en Rusia; apareció en 1915 en Petersburgo en lugar de la revista Nasba Zariá, clausurada en octubre de 1914.

**[13]** Golos Truda ("La Voz del Trabajo"): periódico menchevique legal editado en 1916 en Samara después de la clausura del periódico Nash Golos ("Nuestra Voz").



## ACERCA DE ALGUNAS PARTICULARIDADES DEL DESARROLLO HISTÓRICO DEL MARXISMO

[1913]

Nuestra doctrina -- dijo Engels en su nombre y en el de su ilustre amigo -- no es un dogma, sino una guía para la acción[1]. Esta tesis clásica subraya con notable vigor y fuerza de expresión un aspecto del marxismo que se pierde de vista con mucha frecuencia. Y al perderlo de vista, hacemos del marxismo algo unilateral, deforme, muerta, le arrancamos su alma viva, socavamos sus bases teóricas cardinales: la dialéctica, la doctrina del desarrollo histórico multilateral y pleno de contradicciones; quebrantamos su ligazón con las tareas prácticas determinadas de la época, que pueden cambiar con cada nuevo viraje de la historia.

Y precisamente en nuestros tiempos, entre quienes se interesan por los destinos del marxismo en Rusia se encuentran muy a menudo gentes que pierden de vista justamente ese aspecto del marxismo. Ahora bien, todos ven han modificado con rapidez y fuerza extraordinarias la situación, la situación política y social, que es lo que determina de manera directa e inmediata las condiciones de la acción y, por consiguiente, las tareas de la acción. No me refiero, claro, a las tareas generales y fundamentales, que no cambian con los virajes de la historia si no cambia la correlación fundamental entre las clases. Es de una evidencia absoluta que esa tendencia general de la evolución económica (y no sólo económica) de Rusia no ha cambiado, supongamos, en estos seis años últimos, como no ha cambiado la correlación fundamental entre las distintas clases de la sociedad rusa.

Pero las tareas de la acción inmediata y directa han experimentado en este período un cambio muy profundo, por cuanto ha cambiado la situación política y social concreta; por consiguiente, también en el marxismo, como doctrina viva, no podían por menos de pasar a primer plano diversos aspectos suyos.

Para aclarar esta idea, observemos cuáles han sido los cambios concretos de la situación política y social en los últimos seis años. Ante nosotros se destacan en seguida los dos trienios en que se divide este período: uno, que termina hacia el verano de 1907; el otro, en el verano de 1910. El primer trienio se distingue, desde el punto de vista puramente teórico, por rápidos cambios en los rasgos fundamentales del régimen político de Rusia, con la particularidad de que la marcha de estos cambios fue muy desigual, la amplitud de las oscilaciones fue en ambos lados muy grande. La base económica y social de estos cambios de la "superestructura" fue la acción de todas las clases de la sociedad rusa en los terrenos más diversos (actividad en la Duma y fuera de la Duma, prensa, asociaciones, reuniones, etc.), una acción tan abierta, imponente y masiva como pocas veces registra la historia.

Por el contrario, el segundo trienio se distingue -- repetimos que esta vez nos limitamos al punto de vista puramente teórico, "sociológico" -- por una evolución tan lenta, que casi equivale al estancamiento. Ningún cambio más o menos apreciable en el régimen político. Ninguna o casi ninguna acción abierta y amplia de las clases en la mayoría de los "campos" en que durante el período precedente se desarrollaron esas acciones.

La semejanza de ambos períodos reside en que la evolución de Rusia ha sido en el curso del uno y del otro, como lo era anteriormente, una evolución capitalista. La contradicción que representa dicha evolución económica y la existencia de numerosas instituciones feudales, medievales, no desapareció, seguía en pie sin atenuarse, más bien, agudizada por la inyección parcial de cierto contenido burgués a unas u otras instituciones.

La diferencia entre ambos períodos reside en que, durante el primero, en el proscenio de la acción histórica figuraba el problema de cuál iba a ser el resultado de los cambios rápidos y desiguales de que antes hablábamos. El contenido de esos cambios, en virtud del carácter capitalista de la evolución de Rusia, había de ser, necesariamente, burgués. Pero hay burguesía y burguesía. La burguesía media y grande, situada en una posición de un liberalismo más o menos moderado, temía, por su propia posición de clase, los cambios bruscos y trataba de conservar restos

considerables de las viejas instituciones, tanto en el régimen agrario como en la "superestructura" política. La pequeña burguesía rural, entrelazada con el campesinado que vive "del trabajo de sus manos", debía aspirar forzosamente a otro género de transformaciones burguesas, en las que quedase mucho menos sitio a las supervivencias medievales. Los obreros asalariados, en tanto mantenían conscientemente una actitud ante lo que ocurría a su alrededor, no podían por menos de adoptar una posición definida respecto a este choque de dos tendencias distintas, que, enmarcadas ambas en el régimen burgués, determinaban formas totalmente distintas de dicho régimen, una rapidez totalmente distinta en su desarrollo y una amplitud distinta de la esfera de sus influencias progresivas.

Así, pues, la época del trienio pasado destacó a un primer plano en el marxismo no por casualidad, sino necesariamente, las cuestiones que se suelen llamar cuestiones de táctica. No hay nada más erróneo que la opinión de que las discusiones y divergencias en torno de ellas eran polémicas "de intelectuales", una "lucha por la influencia sobre el proletariado no maduro", que expresaban la "adaptación de los intelectuales al proletariado", como piensan los de Veji de toda laya. Al contrario, precisamente porque esta clase había adquirido madurez, no pudo ver con indiferencia el choque de las dos tendencias distintas de todo el desarrollo burgués de Rusia, y los ideólogos de esta clase no pudieron por menos de exponer las fórmulas teóricas correspondientes (de manera directa o indirecta, como reflejo directo o inverso) a estas tendencias distintas.

En el segundo trienio, el choque de las tendencias distintas del desarrollo burgués de Rusia no figuraba a la orden del día, ya que ambas fueron aplastadas por los ultrarreaccionarios, llevadas atrás, empujadas hacia adentro, acalladas durante cierto tiempo. Los ultrarreaccionarios medievales no sólo han invadido por completo el proscenio, sino que han llenado los corazones de las más amplias capas de la sociedad burguesa de los sentimientos propagados por los de Veji, de un espíritu de abatimiento, de defección. Subió a flote no el choque de los dos métodos de transformación de lo viejo, sino la pérdida de la fe en toda transformación, el espíritu de "sumisión", de "arrepentimiento", la pasión por las doctrinas antisociales, la moda del misticismo, etc.

Y este cambio sorprendentemente brusco no obedece a la casualidad ni es resultado de la sola presión "exterior". La época anterior había agitado tan profundamente a capas de la población apartadas de las cuestiones políticas, ajenas a ellas durante generaciones enteras, durante siglos, que se hizo natural e inevitable la "revisión de todos los valores", el nuevo estudio de los problemas fundamentales, el nuevo interés por la teoría, por su abecé, por su estudio desde las primeras nociones. Millones de seres, despertados de pronto de un largo sueño, colocados de súbito ante problemas importantísimos, no podían mantenerse mucho tiempo a esa altura, no podían avanzar sin interrupciones, sin retornar a las cuestiones elementales, sin una nueva preparación que les ayudara a "digerir" las enseñanzas, sin precedente por su valor, y a poner a una masa incomparablemente más amplia en condiciones de avanzar de nuevo, pero ya de un modo mucho más seguro, más consciente, con mayor confianza y con mayor consecuencia.

La dialéctica del desarrollo histórico ha sido tal, que en el primer período estaba a la orden del día la realización de transformaciones inmediatas en todos los aspectos de la vida del país, y, en el segundo, el estudio de la experiencia adquirida, su asimilación por capas más amplias, su penetración, si se puede expresar así, en el subsuelo, en las filas atrasadas de las diferentes clases.

Precisamente porque el marxismo no es un dogma muerto, no es una doctrina acabada, terminada, inmutable, sino una guía viva para la acción, no podía por menos de reflejar en sí el cambio asombrosamente brusco de las condiciones de la vida social. El reflejo de ese cambio ha sido una profunda disgregación, la dispersión, vacilaciones de todo género, en una palabra, una crisis interna sumamente grave del marxismo. La resistencia decidida a esa disgregación, la lucha resuelta y tenaz en pro de los fundamentos del marxismo se ha puesto de nuevo a la orden del día. Capas extraordinariamente amplias de las clases que no pueden prescindir del marxismo al formular sus tareas, lo habían asimilado en la época precedente de un modo extremadamente unilateral, deforme, aprendiéndose de memoria unas u otras "consignas", unas u otras soluciones a los problemas tácticos y sin comprender los criterios marxistas que permiten valorar esas soluciones. La "revisión de todos los valores" en las diversas esferas de la vida social ha conducido a la

"revisión" de los fundamentos filosóficos más abstractos y generales del marxismo. La influencia de la filosofía burguesa en sus más diversos matices idealistas se deja sentir entre los marxistas en forma de epidemia machista. La repetición de "consignas" aprendidas de memoria, pero no comprendidas ni meditadas, ha conducido a una amplia difusión de la fraseología huera, concretada de hecho en tendencias que no tienen nada de marxistas, en tendencias pequeñoburguesas como el "otzovismo"[2] abierto o tímido, o como el reconocimiento del "otzovismo" en calidad de "matiz legítimo" del marxismo.

Por otra parte, el espíritu de los de Veji, el espíritu de defección, que abarcaba a las más amplias capas de la burguesía, ha penetrado también en la tendencia que trata de encuadrar la teoría y la labor práctica marxistas en el cauce de "la moderación y la escrupulosidad". Del marxismo no queda ya más que la fraseología con que se revisten esas consideraciones acerca de la "jerarquía", la "hegemonía", etc., impregnadas por completo de espíritu liberal.

Este artículo no tiene como propósito analizar esos razonamientos. Basta con mencionarlas para ilustrar la profundidad de la crisis por que atraviesa el marxismo, de que antes hablábamos, y su relación con toda la situación económica y social del período por el que atravesamos. No es posible sustraerse a los problemas que esta crisis plantea. No hay nada más nocivo, más falta de principios que tratar de eludirlos valiéndose de frases. No hay nada más importante que la cohesión de todos los marxistas conscientes de la profundidad de la crisis y de la necesidad de combatirla para salvaguardar los fundamentos teóricos del marxismo y sus tesis básicas, desfiguradas desde los lados más opuestos al extenderse la influencia burguesa entre los diversos "compañeros de ruta" del marxismo.

El trienio precedente ha elevado a la participación consciente en la vida social a capas tan amplias, que son muchos los que, por vez primera, empiezan ahora a conocer debidamente el marxismo. La prensa burguesa fomenta en este sentido mucho más que antes los errores y los difunde mucho más ampliamente. La disgregación en el marxismo es particularmente peligrosa en estas condiciones. Por eso, comprender los motivos que hacen inevitable esa disgregación en los tiempos que atravesamos y aglutinarnos para combatirla consecuentemente, es, para los

marxistas, en el sentido más directo y exacto de la palabra, la tarea de la época.

### **NOTAS**

[1] Véase la carta de F. Engels a F. Sorge del 29 de noviembre de 1886. [pág. 321]

[2] Otzovismo: se trata de una corriente oportunista surgida entre los bolcheviques (Bogdánov, Pokrovski, Lunacharski, Bubnov y otros), después de la derrota de la revolución de 1905-1907. Los otzovistas luchaban contra la utilización de las formas legales de lucha, exigían la retirada de los diputados socialdemócratas de la III Duma de Estado, y renunciaban al trabajo en las organizaciones legales. El otzovismo fue la directa continuación del boicotismo -- corriente oportunista dentro del bolchevismo en 1907, encabezado por Bogdánov y Kamenev. Organizando un grupo independiente en 1908, los otzovistas combatían a Lenin; se negaban resueltamente a participar en la Duma, en los sindicatos, cooperativas, así como en otras organizaciones masivas legales o semilegales, y consideraban necesario concentrar todo el trabajo en la organización ilegal. Bajo el rótulo de las palabras "revolucionarias", los otzovistas practicaban en realidad la línea del liquidacionismo. Su política llevaba al partido a divorciarse de las masas sin partido, a que se trasformara en una organización incapaz de realizar una lucha legal sufriendo así ataques de los reaccionarios. Lenin calificó a los otzovistas de "liquidacionistas de nuevo tipo" y de "mencheviques disfrazados".

## MARXISMO Y REFORMISMO

[1913]

A diferencia de los anarquistas, los marxistas admiten la lucha por las reformas, es decir, por mejoras de la situación de los trabajadores que no lesionan el poder, dejándolo como estaba, en manos de la clase dominante. Pero, a la vez, los marxistas combaten con la mayor energía a los reformistas, los cuales circunscriben directa o indirectamente los anhelos y la actividad de la clase obrera a las reformas. El reformismo es una manera que la burguesía tiene de engañar a los obreros, que seguirán siendo esclavos asalariados, pese a algunas mejoras aisladas, mientras subsista el dominio del capital.

Cuando la burguesía liberal concede reformas con una mano, siempre las retira con la otra, las reduce a la nada o las utiliza para subyugar a los obreros, para dividirlos en grupos, para eternizar la esclavitud asalariada de los trabajadores. Por eso el reformismo, incluso cuando es totalmente sincero, se transforma de hecho en un instrumento de la burguesía para corromper a los obreros y reducirlos a la impotencia. La experiencia de todos los países muestra que los obreros han salido burlados siempre que se han confiado a los reformistas.

Por el contrario, si los obreros han asimilado la doctrina de Marx, es decir, si han comprendido que es inevitable la esclavitud asalariada mientras subsista el dominio del capital, no se dejarán engañar por ninguna reforma burguesa. Comprendiendo que, al mantenerse el capitalismo, las reformas no pueden ser ni sólidas ni importantes, los obreros pugnan por obtener mejoras y las utilizan para proseguir la lucha, más tesonera, contra la esclavitud asalariada. Los reformistas pretenden dividir y engañar con algunas dádivas a los obreros, pretenden apartarlos de su lucha de clase. Los obreros, que han comprendido la falsedad del reformismo, utilizan las reformas para desarrollar y ampliar su lucha de clase.

Cuanto mayor es la influencia de los reformistas en los obreros, tanto menos fuerza tiene éstos, tanto más dependen de la burguesía y tanto más fácil le es a esta última anular con diversas artimañas el efecto de las reformas. Cuanto más independiente y profundo es el movimiento obrero, cuanto más amplio es por sus fines, más desembarazado se ve de la estrechez del reformismo y con más facilidad consiguen los obreros afianzar y utilizar ciertas mejoras.

Reformistas hay en todos los países, pues la burguesía trata por doquier de corromper de uno u otro modo a los obreros y hacer de ellos esclavos satisfechos que no piensen en destruir la esclavitud. En Rusia, los reformistas son los liquidadores, que renuncian a nuestro pasado para adormecer a los obreros con ilusiones en un partido nuevo, abierto y legal. No hace mucho, obligados por Siévernaya Pravda, los liquidadores de San Petersburgo comenzaron a defenderse de la acusación de reformismo. Es preciso detenerse a examinar con atención sus razonamientos para dejar bien clara una cuestión de extraordinaria importancia.

No somos reformistas -escribían los liquidadores petersburgueses-, porque no hemos dicho que las reformas lo sean todo y que el objetivo final no sea nada; hemos dicho: movimiento hacia el objetivo final; hemos dicho: a través de la lucha por las reformas, hacia la realización plena de las tareas planteadas.

Veamos si esta defensa corresponde a la verdad.

Hecho primero. Resumiendo las afirmaciones de todos los liquidadores, el liquidador Sedov ha escrito que dos de "las tres ballenas" presentadas por los marxistas no sirven hoy para la agitación. Ha dejado la jornada de ocho horas, que, teóricamente, es factible como reforma. Ha suprimido o relegado precisamente lo que no cabe en el marco de las reformas. Por consiguiente, ha incurrido en el oportunismo más palmario, preconizando ni más ni menos que la política expresada por la fórmula de que el objetivo final no es nada. Eso es justamente reformismo, ya que el



"objetivo final" (aunque sólo sea con relación a la democracia) se aparta bien lejos de la agitación.

Hecho segundo. La decantada conferencia de agosto (del año pasado) de los liquidadores también pospone -reservándolas para un caso especial- las reivindicaciones no reformistas, en vez de sacarlas a primer plano y colocarlas en el centro mismo de la agitación.

Hecho tercero. Al negar y rebajar "lo viejo", queriéndose desentender de ello, los liquidadores se limitan al reformismo. En las actuales circunstancias es evidente la conexión entre el reformismo y la renuncia a "lo viejo".

Hecho cuarto. El movimiento económico de los obreros provoca la ira y las alharacas de los liquidadores ("pierden los estribos", "no hacen más que amagar", etc., etc.), toda vez que se vincula con consignas que van más allá del reformismo.

¿Qué vemos en definitiva? De palabra, los liquidadores rechazan el reformismo como tal, pero de hecho lo aplican en toda la línea. Por una parte nos aseguran que para ellos las reformas no son todo, ni mucho menos; mas, por otra, siempre que los marxistas van en la práctica más allá del reformismo, se ganan las invectivas o el menosprecio de los liquidadores.

Por cierto, lo que ocurre en todos los terrenos del movimiento obrero nos muestra que los marxistas, lejos de quedarse a la zaga, van muy por delante en lo que se refiere a la utilización práctica de las reformas y a la lucha por las reformas. Tomemos las elecciones a la Duma por la curia obrera: los discursos pronunciados por los diputados dentro y fuera de la Duma, la organización de periódicos obreros, el aprovechamiento de la reforma de los seguros, el sindicato metalúrgico, uno de los más importantes, etc., y veremos por doquier un predominio de los obreros marxistas sobre los liquidadores en la esfera de la labor directa, inmediata

y "diaria" de agitación, organización y lucha por las reformas y su aprovechamiento.

Los marxistas realizan una labor constante sin perder una sola "posibilidad" de conseguir reformas y utilizarlas, sin censurar, antes bien apoyando y desarrollando con solicitud cualquier actividad que vaya más allá del reformismo tanto en la propaganda como en la agitación, en las acciones económicas de masas, etc. Mientras tanto, los liquidadores, que han abandonado el marxismo, no hacen con sus ataques a la existencia misma de un marxismo monolítico, con su destrucción de la disciplina marxista y con su prédica del reformismo y de la política obrera liberal más que desorganizar el movimiento obrero.

Tampoco se debe olvidar que el reformismo se manifiesta en Rusia de una forma peculiar, a saber: en la equiparación de las condiciones fundamentales de la situación política de la Rusia actual y de la Europa actual. Desde el punto de vista de un liberal, esta equiparación es legítima, pues el liberal cree y confiesa que, "gracias a Dios, tenemos Constitución". El liberal expresa los intereses de la burguesía cuando defiende la idea de que, después del 17 de octubre, toda acción de la democracia que vaya más allá del reformismo es una locura, un crimen, un pecado, etc.

Pero precisamente estas ideas burguesas son las que ponen en práctica nuestros liquidadores, que "trasplantan" sin cesar y con regularidad (en el papel) a Rusia tanto el "partido a la vista de todos" como la "lucha por la legalidad", etc. Con otras palabras, los liquidadores preconizan, a semejanza de los liberales, el trasplante de una Constitución europea a Rusia sin reparar en el camino peculiar que condujo en Occidente a la proclamación y afianzamiento de las constituciones durante varias generaciones y, a veces, incluso siglos. Los liquidadores y los liberales quieren, como suele decirse, pescar truchas a bragas enjutas.

En Europa, el reformismo significa en la práctica renuncia al marxismo y sustitución de esta doctrina por la "política social" burguesa.

En nuestro país, el reformismo de los liquidadores implica, además de eso, desmoronamiento de la organización marxista, renuncia a las tareas democráticas de la clase obrera y sustitución de éstas con una política obrera liberal.

## MARXISMO Y REVISIONISMO

[1908]

Es bien conocido el aforismo que dice que si los axiomas geométricos afectasen los intereses de la gente, seguramente habría quien los refutase. Las teorías de las ciencias naturales, que han chocado con los viejos prejuicios de la teología, provocaron y siguen provocando hasta hoy la oposición más enconada. Nada tiene de extraño, pues, que la doctrina de Marx, que sirve en forma directa a la educación y organización de la clase de vanguardia de la sociedad moderna, que señala las tareas de esa clase y demuestra la sustitución inevitable -- en virtud del desarrollo económico -- del régimen actual por un nuevo orden, haya debido luchar por conquistar cada uno de sus pasos.

Inútil es decirlo, esto aplicado a la ciencia y la filosofía burguesas, oficialmente enseñadas por profesores oficiales para embrutecer a las nuevas generaciones de las clases poseedoras y "adiestrarlas" contra los enemigos exteriores e interiores. Esta ciencia no quiere oír hablar de marxismo y lo proclama refutado y aniquilado; Marx es atacado con igual celo por los jóvenes doctos que hacen carrera refutando el socialismo, como por los decrepitos ancianos que conservan la tradición de toda suerte de anticuados "sistemas". Los avances del marxismo y la difusión y el afianzamiento de las ideas marxistas entre la clase obrera provocan inevitablemente la reiteración y agudización de esos ataques burgueses contra el marxismo, que sale más fuerte, más templado y vitalizado de cada uno de sus "aniquilamientos" por la ciencia oficial.

Pero, aun entre las doctrinas vinculadas a la lucha de la clase obrera y difundidas de modo predominante entre el proletariado, el marxismo de ningún modo consolidó su posición de golpe, ni mucho menos. Durante el primer medio siglo de su existencia (desde la década del 40 del siglo XIX) luchó contra teorías que le eran profundamente hostiles. En la primera mitad de la década del 40, Marx y Engels ajustaron cuentas con los jóvenes hegelianos radicales, cuyo punto de vista era el del idealismo filosófico. A fines de esa década, en el campo de las doctrinas económicas pasó a primer plano la lucha contra el proudhonismo. Esta lucha terminó en la década del 50 con la crítica de los partidos y doctrinas que habían surgido en el turbulento

año 1848. En la década del 60, al expulsar al baliuninismo[1] de la Internacional, la lucha se desplazó del campo de la teoría general a un campo más cercano al movimiento obrero propiamente dicho. A comienzos de la década del 70, se destacó en Alemania, por breve tiempo, el proudhonista Mühlberger; a fines de ese período, el positivista Dühring. Pero la influencia de uno y otro sobre el proletariado era ya insignificante. El marxismo había alcanzado un indiscutible triunfo sobre todas las otras ideologías del movimiento obrero.

En lo fundamental, este triunfo culminó en la década del 90 del siglo pasado. Hasta en los países latinos, donde se habían mantenido las tradiciones del proudhonismo por más tiempo, los partidos obreros estructuraron sus programas y su táctica sobre bases marxistas. Al reanudarse en forma de congresos internacionales periódicos, la organización internacional del movimiento obrero, se colocó, en lo esencial, inmediatamente y casi sin lucha, en el terreno del marxismo. Pero cuando el marxismo hubo desplazado a todas las doctrinas más o menos integrales que le eran hostiles, las tendencias que en ellas se albergaban comenzaron a buscar otros caminos. Las formas y las causas de la lucha cambiaron, pero la lucha continuó. Y el marxismo comenzó su segundo medio siglo de existencia (década del 90 del siglo pasado) enfrentando una corriente hostil en el mismo marxismo.

El ex-marxista ortodoxo Bernstein dio su nombre a esta corriente al proclamar con gran alharaca y con grandilocuentes expresiones las enmiendas de Marx, la revisión de Marx, el revisionismo. Aun en Rusia, donde -- debido al atraso económico y a la preponderancia de la población campesina oprimida por los vestigios de la servidumbre -- el socialismo no marxista se ha mantenido durante mucho tiempo, hoy se convierte sencillamente en revisionismo ante nuestros propios ojos. Y lo mismo en el problema agrario (programa de municipalización de toda la tierra) que en las cuestiones programáticas y tácticas de índole general, nuestros socialpopulistas fueron sustituyendo cada vez más con "enmiendas" a Marx los restos agonizantes y caducos del viejo sistema, coherente a su modo y profundamente hostil al marxismo.

El socialismo premarxista ha sido derrotado. Continúa luchando ya no en su propio terreno, sino en el del marxismo, como revisionismo. Examinemos, pues, cuál es el contenido ideológico del revisionismo.

En el campo de la filosofía, el revisionismo iba a remolque de la "ciencia" académica burguesa. Los profesores "retornaban a Kant", y el revisionismo se arrastraba tras los neokantianos[2]; los profesores repetían las vulgaridades que los curas habían pronunciado mil veces contra el materialismo filosófico, y los revisionistas, sonriendo complacidos, murmuraban (repitiendo palabra por palabra el último manual) que el materialismo había sido "refutado" desde hacía mucho tiempo. Los profesores trataban a Hegel como a "perro muerto", y mientras ellos mismos predicaban el idealismo, solo que mil veces más mezquino y superficial que el hegeliano, encogiéndose desdeñosamente de hombros ante la dialéctica, los revisionistas se hundían tras ellos en el pantano del envilecimiento filosófico de la ciencia, sustituyendo la "sutil" (y revolucionaria) dialéctica por la "simple" (y pacífica) "evolución". Los profesores ganaban su sueldo oficial ajustando sus idealistas y "críticos" sistemas a la dominante "filosofía" medieval (es decir, a la teología), y los revisionistas se acercaban a ellos, esforzándose por hacer de la religión un "asunto privado", no en relación al Estado moderno, sino en relación al partido de la clase de vanguardia.

No se necesita decir el verdadero significado de clase de semejantes "enmiendas" a Marx: es bien evidente. Sólo señalaremos que Plejánov fue el único marxista en la social democracia internacional que criticó desde el punto de vista del materialismo dialéctico consecuente aquellas increíbles necedades acumuladas por los revisionistas. Es tanto más necesario subrayar esto con fuerza, por cuanto en nuestro tiempo se hacen tentativas profundamente erróneas, destinadas a presentar el viejo y reaccionario farrago filosófico bajo pretexto de crítica del oportunismo táctico de Plejánov.\*]

Pasando a la economía política, es necesario señalar, ante todo, que en esta esfera las "enmiendas" de los revisionistas eran muchísimo más multifacéticas y minuciosas; se trataba de sugestionar al público con "nuevos datos sobre el desarrollo económico". Se decía que la concentración y desplazamiento de la pequeña producción por la gran producción no se opera de ningún modo en la agricultura y con extrema lentitud en el comercio y la industria. Se decía que las crisis se han vuelto ahora más raras y débiles, y que los cárteles y trusts probablemente harían capaz al capital de eliminarlas por completo. Se decía que la "teoría de la bancarrota" hacia la cual marcha el capitalismo es inconsistente debido a que las contradicciones de clase tienden a suavizarse y atenuarse. Y, por último, se decía que no estaría mal

corregir también la teoría del valor de Marx de acuerdo con Bohm-Bawerk[3].

La lucha contra los revisionistas en torno de estas cuestiones sirvió para reavivar de manera fecunda el pensamiento teórico del socialismo internacional, tal como había ocurrido veinte años antes con la polémica de Engels contra Dühring. Los argumentos de los revisionistas fueron analizados con hechos y cifras en la mano. Se demostró que embellecían sistemáticamente la pequeña producción actual. Datos irrefutables prueban la superioridad técnica y comercial de la gran producción sobre la pequeña, no sólo en la industria, sino también en la agricultura. Pero la producción de mercancías está mucho menos desarrollada en la agricultura y, por lo general, los estadísticos y economistas actuales no saben destacar las ramas especiales y, a veces, incluso las operaciones de la agricultura que expresan de qué manera la agricultura es progresivamente arrastrada al proceso de intercambio de la economía mundial. La pequeña producción se sostiene sobre las ruinas de la economía natural debido al constante empeoramiento de la alimentación, el hambre crónica, la prolongación de la jornada de trabajo, el deterioro de la calidad y atención del ganado; en una palabra, debido a aquellos mismos métodos con que se sostuvo también la producción artesanal contra la manufactura capitalista. En la sociedad capitalista, cada avance de la ciencia y la técnica socava, inevitable e inexorablemente, los cimientos de la pequeña producción. Y la tarea de la economía política socialista consiste en investigar este proceso en todas sus formas, no pocas veces complejas e intrincadas, y demostrar al pequeño productor la imposibilidad de sostenerse en el capitalismo, la situación desesperada de las explotaciones campesinas en el régimen capitalista y la necesidad de que el campesino adopte el punto de vista del proletariado. Ante la cuestión que nos ocupa, los revisionistas cometieron el pecado, en el aspecto científico, de generalizar superficialmente algunos hechos tomados de manera unilateral, al margen de su conexión con el sistema del capitalismo en su conjunto; y en el aspecto político, cometieron el pecado de que, inevitablemente, quisieran o no, invitaron o empujaron a los campesinos a tomar la actitud del propietario (es decir, la actitud de la burguesía), en vez de instarlos a adoptar el punto de vista del proletariado revolucionario.

El revisionismo salió aún peor parado en lo que se refiere a la teoría de las crisis y a la teoría de la bancarrota. Sólo personas muy poco perspicaces y durante muy poco tiempo podían pensar en modificar los fundamentos de

la doctrina de Marx bajo la influencia de algunos años de animación y prosperidad industrial. Muy pronto la realidad se encargó de enseñar a los revisionistas que las crisis no eran cosa del pasado: la prosperidad fue seguida por la crisis. Cambiaron las formas, la sucesión, el cuadro de las distintas crisis pero éstas seguían siendo parte integrante, inevitable, del régimen capitalista. Mientras unifican la producción, los cárteles y trusts, simultáneamente, y en forma visible para todos, agravan la anarquía de la producción, la inseguridad de la vida del proletariado y la opresión del capital, agudizando así las contradicciones de clase en grado sin precedentes. Los modernos, gigantescos trusts ponen en evidencia, de modo bien palpable y en inmensas proporciones, que el capitalismo marcha hacia la bancarrota, tanto en el sentido de las crisis políticas y económicas aisladas como en el del hundimiento completo de todo el régimen. La reciente crisis financiera en Norteamérica y el horroroso crecimiento de la desocupación en toda Europa, sin hablar de la próxima crisis industrial, de la que asoman no pocos síntomas, han hecho que las recientes "teorías" de los revisionistas fueran olvidadas por todos, incluidos al parecer muchos de ellos mismos. Las que no deben olvidarse son las enseñanzas que esta inestabilidad de los intelectuales ha brindado a la clase obrera.

Con respecto a la teoría del valor, sólo es necesario decir que, aparte de alusiones y suspiros muy vagos, al estilo de Bohm-Bawerk, los revisionistas no aportaron absolutamente nada ni dejaron, por tanto, ninguna huella en el desarrollo del pensamiento científico.

En la esfera política, el revisionismo intentó revisar realmente los fundamentos del marxismo, o sea, la teoría de la lucha de clases. La libertad política, la democracia, el sufragio universal -- nos decían los revisionistas -- destruyen el terreno para la lucha de clases y desmienten la vieja tesis del Manifiesto Comunista de que los obreros no tienen patria. Puesto que en la democracia prevalece "la voluntad de la mayoría", según ellos, no se debe considerar al Estado como órgano de dominación de clase ni negarse a establecer alianzas con la burguesía progresista, socialreformista, contra los reaccionarios.

Es indiscutible que estas objeciones de los revisionistas se reducían a un sistema bastante armónico de concepciones, a saber: las bien conocidas concepciones liberalburguesas. Los liberales han dicho siempre que el parlamentarismo burgués destruye las clases y diferencias de clase, ya que



todos los ciudadanos sin distinción gozan del derecho a votar e intervenir en los asuntos de Estado. Toda la historia de Europa durante la segunda mitad del siglo XIX, toda la historia de la revolución rusa a comienzos del siglo XX en señan de manera patente lo absurdo de tales conceptos. Con las libertades del capitalismo "democrático", las diferencias económicas, lejos de atenuarse, se acentúan y agravan. El parlamentarismo no elimina, sino que pone al desnudo el carácter innato de las repúblicas burguesas más democráticas como órganos de opresión de clase. Al ayudar a ilustrar y organizar a masas de población incomparablemente más vastas que las que antes participaban en forma activa en los acontecimientos políticos, el parlamentarismo no contribuye a la eliminación de las crisis y revoluciones políticas, sino a la agudización de la guerra civil durante esas revoluciones. Los acontecimientos de París, en la primavera de 1871, y los de Rusia, en el invierno de 1905, revelaron con suma claridad que dicha agudización se produce indefectiblemente. Para aplastar el movimiento proletario, la burguesía francesa no vaciló ni un segundo en pactar con el enemigo de toda la nación, con las tropas extranjeras que habían arruinado a su patria. Quien no comprenda la inevitable dialéctica interna del parlamentarismo y de la democracia burguesa, que lleva a solucionar la disputa por la violencia de las masas de un modo todavía más tajante que en tiempos anteriores, jamás podrá, basándose en ese parlamentarismo, realizar una propaganda y agitación consecuente y de principio que prepare realmente a las masas obreras para una participación victoriosa en tales "disputas". La experiencia de las alianzas, acuerdos, bloques con el liberalismo socialreformista en la Europa Occidental y con el reformismo liberal (kadetes) en la revolución rusa, muestra de manera convincente que esos acuerdos, al unir a los elementos combativos con los elementos menos capaces de luchar, con los más vacilantes y traidores, sólo embotan la conciencia de las masas, y no refuerzan, sino que debilitan la importancia real de su lucha. El millerandismo francés -- la más grande experiencia de aplicación de la táctica política revisionista en una escala de amplitud realmente nacional -- nos ha ofrecido una valoración práctica del revisionismo que el proletariado del mundo entero jamás olvidará.

El complemento natural de las tendencias económicas y políticas del revisionismo era su actitud hacia la meta final del movimiento socialista. "El objetivo final no es nada; el movimiento lo es todo": esta expresión proverbial de Bernstein pone en evidencia la esencia del revisionismo mejor que muchas largas disertaciones. Determinar su comportamiento caso por caso, adaptarse

a los acontecimientos del día, a los virajes de las minucias políticas, olvidar los intereses cardinales del proletariado y los rasgos fundamentales de todo el régimen capitalista, de toda la evolución del capitalismo, sacrificar esos intereses cardinales en aras de las ventajas verdaderas o supuestas del momento: ésta es la política del revisionismo. Y de la esencia misma de esta política se deduce, con toda evidencia, que puede adoptar formas infinitamente diversas y que cada problema más o menos "nuevo", cada viraje más o menos inesperado e imprevisto de los acontecimientos -- aunque sólo altere la línea fundamental del desarrollo en proporciones mínimas y por el plazo más corto --, provocará siempre, sin falta, una u otra variedad de revisionismo.

El carácter inevitable del revisionismo está determinado por sus raíces de clase en la sociedad actual. El revisionismo es un fenómeno internacional. Para ningún socialista que reflexione y tenga un mínimo de conocimientos puede existir ni la más pequeña duda de que la relación entre ortodoxos y bernsteinianos en Alemania, entre guesdistas y jauresistas[4] (ahora, en particular, broussistas) en Francia, entre la Federación Socialdemócrata y el Partido Laborista Independiente en Inglaterra, entre Brouckere y Vandervelde en Bélgica, entre integralistas[5] y reformistas en Italia, entre bolcheviques y mencheviques en Rusia es, en todas partes, en lo sustancial, una y la misma pese a la inmensa diversidad de las condiciones nacionales y de los factores históricos en la actual situación de todos esos países. En realidad, la "división" en el movimiento socialista internacional de nuestra época se produce ya, ahora, en los diversos países del mundo, esencialmente en una misma línea, lo cual muestra el formidable paso adelante que se ha dado en comparación con lo que ocurría hace 30 ó 40 años, cuando en los diversos países luchaban tendencias heterogéneas dentro del movimiento socialista internacional único. Y ese "revisionismo de izquierda" que se perfila hoy en los países latinos como "sindicalismo revolucionario"[6] se adapta también al marxismo "enmendándolo": Labriola en Italia, Lagardelle en Francia, apelan muy a menudo del Marx mal comprendido al Marx bien comprendido.

No podemos detenernos a examinar aquí el contenido ideológico de este revisionismo, que dista mucho de estar tan desarrollado como el revisionismo oportunista y que no se ha transformado en internacional, ni afrontado una sola batalla práctica importante con el partido socialista de

ningún país. Por eso, nos limitaremos al "revisionismo de derecha" descrito antes.

¿En qué descansa su carácter inevitable en la sociedad capitalista? ¿Por qué es más profundo que las diferencias de las particularidades nacionales y el grado de desarrollo del capitalismo? Porque en todo país capitalista existen siempre, al lado del proletariado, extensas capas de pequeña burguesía, de pequeños propietarios. El capitalismo ha nacido y sigue naciendo, constantemente, de la pequeña producción. Una serie de nuevas "capas medias" son inevitablemente formadas, una y otra vez por el capitalismo (apéndices de las fábricas, trabajo a domicilio, pequeños talleres diseminados por todo el país para hacer frente a las exigencias de la gran industria, por ejemplo de la industria de bicicletas y automóviles, etc.). Esos nuevos pequeños productores son nuevamente arrojados, de modo no menos infalible, a las filas del proletariado. Es muy natural que la concepción del mundo pequeñoburguesa irrumpa una y otra vez en las filas de los grandes partidos obreros. Es muy natural que así suceda, y así sucederá siempre hasta llegar a la revolución proletaria, pues sería un profundo error pensar que es necesario que la mayoría de la población se proletarice "por completo" para que esa revolución sea posible. La experiencia que hoy vivimos, a menudo sólo en el campo ideológico, es decir las discusiones sobre las enmiendas teóricas a Marx; lo que hoy surge en la práctica sólo en problemas aislados y parciales del movimiento obrero tales como las diferencias tácticas con los revisionistas y la división que se produce en base a ellas, todo ello lo experimentará en escala incomparablemente mayor la clase obrera cuando la revolución proletaria agudice todos los problemas en litigio, concentre todas las diferencias en los puntos que tienen la importancia más inmediata para determinar la conducta de las masas, y en el fragor del combate haga necesario separar los enemigos de los amigos, echar a los malos aliados para asestar golpes decisivos al enemigo.

La lucha ideológica, librada a fines del siglo XIX por el marxismo revolucionario contra el revisionismo no es más que el prelude de los grandes combates revolucionarios del proletariado que, pese a todas las vacilaciones y debilidades de los filisteos, avanza hacia el triunfo completo de su causa.

## NOTAS

\* Ver el libro *Ensayos sobre la filosofía del marxismo*, de Bogdánov, Bazárov y otros. No es oportuno analizar aquí este libro y, por el momento, me limito a manifestar que en un futuro próximo demostraré en una serie de artículos, o en un folleto especial, que todo lo que en él se dice sobre los revisionistas neokantianos guarda también relación, en sustancia, con estos "nuevos" revisionistas neohumanistas y neoberkelianos. (Véase V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*)

[1] El bakuninismo: corriente anarquista cuya denominación tiene origen en M. A. Bakunin. El bakuninismo formuló la teoría de la "igualación" de las clases, consideró que la abolición del derecho de sucesión era punto inicial de la revolución social y preconizó el abandono de todas las actividades políticas de la clase obrera. La tesis fundamental del bakuninismo era la negación de la dictadura del proletariado y de su partido, sostuvo que el Estado era fuente de todo tipo de desgracias, por lo que debía ser abolido de todas maneras. Y, finalmente, cayó en la anarquía. El bakuninismo era enemigo encarnizado del marxismo. Bakunin y sus seguidores efectuaron en la I Internacional actividades conspirativas escisionistas intentando en vano usurpar la dirección del movimiento obrero internacional. En 1872 Bakunin fue expulsado de la I Internacional. Marx y Engels condenaron severamente la teoría y la táctica de los bakuninistas. Lenin calificó esa corriente como "la concepción del pequeñoburgués que no tiene esperanza de salvarse". (V. I. Lenin, "En memoria de Herzen", Obras Completas, t. XVIII.)

[2] Neokantianos: partidarios de la corriente filosófica burguesa surgida en Alemania en la segunda mitad del siglo XIX. Reproducía las tesis idealistas más reaccionarias de la filosofía de Kant. Bajo la consigna de "retorno a Kant", los neokantianos combatían el materialismo dialéctico e histórico, trataban de conciliar la ciencia con la filosofía idealista de Kant, negaban la "cosa en sí", rechazaban la admisión de ley objetiva de la sociedad. En la socialdemocracia alemana, los neokantianos (E. Bernstein, C. Schmidt y otros) revisaron la filosofía de Marx, su teoría económica y sus tesis sobre la lucha de clases y la dictadura del proletariado. En Rusia, los partidarios del neokantismo fueron los "marxistas legales", los eseristas y mencheviques.

[3] Eugen Böhm-Bawerk fue un vulgar economista burgués austríaco, uno de los representantes de la llamada "escuela austríaca" en economía política. Se oponía a la teoría marxista de la plusvalía, afirmaba que la ganancia surge como diferencia entre la valoración subjetiva de los bienes actuales y la de los futuros, y no como resultado de la explotación de los obreros por los capitalistas. Encubriendo las contradicciones del capitalismo, trató de distraer la atención de la clase obrera de la lucha revolucionaria.

[4] Jauresistas: partidarios del socialista francés J. Jaures, quien conjuntamente con A. Millerand, formó en los años 90 del siglo XIX el grupo de los "socialistas independientes", y encabezó el ala derecha, reformista, del movimiento socialista de Francia. Con el pretexto de una supuesta "libertad de crítica", los jauresistas propugnaban la revisión de las tesis fundamentales del marxismo y predicaban la colaboración de clase del proletariado con la burguesía. En 1902 formaron el Partido Socialista Francés, de tendencia reformista.

[5] Los integralistas: partidarios de una corriente socialista pequeñoburguesa en el movimiento obrero de Francia, Italia y Bélgica de fines del siglo XIX. Ellos se pronunciaban porque el socialismo se apoyase no sólo en la clase obrera, sino en "todos los que sufrían", sin distinción de clase, defendían la paz entre las clases y combatían la lucha de clases. Los representantes principales de los integralistas eran el francés Benoit Malon y el italiano Enrico Ferri. En la década del 90, sobre una serie de problemas lucharon los integralistas italianos contra los reformistas que ocupaban posiciones oportunistas extremas y colaboraban con la burguesía reaccionaria.

[6] Sindicalismo revolucionario: corriente semianarquista pequeñoburguesa aparecida en el movimiento obrero de varios países de Europa Occidental a fines del siglo XIX. Los sindicalistas negaban la necesidad de la lucha política de la clase obrera, el papel dirigente del partido y la dictadura del proletariado. Consideraban que los sindicatos pueden, organizando la huelga general de los obreros, derrocar el capitalismo sin revolución y tomar en sus manos la dirección de la producción.